

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

Operación Aguila Viajera

ralph barby





SS **SERVICIO SECRETO**



RALPH BARBY

OPERACIÓN ÁGUILA VIAJERA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.137

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: D. 7.378-1972
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: mayo, 1972

© RALPH BARBY - 1972
texto

© ANTONIO BERNAL - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

Operación Aguila Viajera

ralph barby



CAPÍTULO PRIMERO

Con naturalidad, pero con cierta desgana, extendió su juego de naipes sobre el tapiz verde de la mesa, en cuyo centro se habían acumulado unos miles de dólares.

—Full de ases —dijo sin quitarse el cigarrillo de entre los labios.

La partida era entre cuatro, pero en el transcurso de la misma, dos habían tirado sus cartas y el restante era quien estaba apretando los maxilares, malhumorado.

—Tú ganas —dijo mirando el rostro duro, de facciones acusadas, de Vincent Hill. Escrutó el interior de sus ojos color hielo oscuro, un hielo de océano cercano al Ártico que, a menos que su dueño lo deseara, no delataban nada. Su autocontrol era perfecto. No se podía buscar ni el más leve movimiento de sus dedos en unos instantes decisivos.

—Así es, Glower. No resulta una noche afortunada para ti.

—Hay tiempo para tomar la revancha —observó el cincuentón de abultado vientre que apenas podía esconder bajo el tablero de la mesa.

—No conmigo, Glower, tengo una cita. Si mañana estoy por aquí sí podemos hacer la revancha, aunque, a decir verdad, me aburre el póquer.

—Pues a mí no —replicó Glower.

Pareció ajustarse el cinturón, pero extrajo una diminuta pistola, propiamente femenina, que se prestaba para camuflarla muy bien entre las ropas.

—Ahora, dejas todo el dinero y te largas.

—Glower, no hagas tonterías —le aconsejó otro de los jugadores.

—Soy mal perdedor, lo admito, pero es que en Nueva York, como en cualquier otra parte, se vive muy mal sin dinero. No tengo edad para ser *hippy* y, además, la policía me busca. Cuando a uno lo persigue la policía, todo resulta más caro.

—Ignoraba que te iban rastreando —dijo Vincent Hill tras dar una chupada a su cigarrillo como si nada ocurriera mientras era

encañonado por la pequeña pistola.

—No tiene importancia, un asunto estúpido. Asalté a una cajera y me hizo un retrato-robot.

—Sabía que estaba jugando con un sinvergüenza, pero no con un imbécil.

Otro de los jugadores, aunque el momento no era para risas, dijo riéndose:

—Seguro que te gustó la cajera y que quisiste abusar de ella.

—Sí, se puso histérica. Yo creí que todo había salido bien, lo malo es que me dejé llevar por mis arrebatos y ahora tienen mis huellas dactilares. Debo largarme cuanto antes de este estado, por eso necesito dinero. Supongo, Vincent, que sabrás comprender.

—Oh, sí, claro que sí. ¿Qué son al fin y al cabo un puñado de miles de dólares?

De pronto, Glower chilló como una rata herida de muerte. Se puso pálido primero y después rojo como la grana.

Los otros dos compañeros de juego lo miraron asombrados sin comprender, pero Vincent Hill sí sabía lo que había ocurrido. Por debajo de la mesa le había dado un certero y contundente punterazo, acertándole de lleno.

Al mismo tiempo, Vincent Hill empujó la mesa con fuerza, derribando a Glower de espaldas. Este no pudo escapar de la silla en que se hallaba encajonado, al tiempo que jalaba el gatillo de su pistola.

El diminuto pero mortífero plomo, a la escasa distancia en que se hallaba, pasó por encima de la cabeza de Vincent Hill.

Glower era mal sujeto para caer de espaldas. Carecía de toda agilidad y cuando quiso reaccionar, todavía dolido y muy profundamente en su bajo vientre, un zapato aplastó su mano armada.

Chilló de nuevo mientras los otros dos jugadores se apartaban a ambos lados para no resultar heridos en la pelea.

—Lo siento, Glower. No soy codicioso, pero pienso que los sádicos y malos perdedores como tú están mejor en la cárcel.

De nuevo, Vincent Hill le propinó un calculado punterazo, esta vez en la quijada, lo justo para dejarlo fuera de combate. Recogió el dinero que le pertenecía y mirando a los otros dos sin haber perdido el cigarrillo de entre sus labios, dijo:

—No soy un soplón, pero voy a llamar a un amigo mío que trabaja en la central de policía para que pase a recoger a Glower. Me repugnan los tipos como él.

Los otros dos recogieron sus chaquetas y sin decir nada desaparecieron rápidamente del pequeño y anodino apartamento de Brooklyn donde se había organizado la partida.

Vincent Hill salió al pasillo tras cerrar la puerta y dejar la llave por fuera. En el corredor había un teléfono de fichas. Introdujo un níquel y llamó.

—¿Central de policía?

—Sí —respondieron al otro lado de la línea.

—Quiero hablar con el capitán Levens, de parte de Hill.

—Un momento.

Una espera de apenas unos segundos y se escuchó una voz distinta:

—¿Hill?

—Levens, si te pasas por Brooklyn, por la dirección que voy a darte, podrás recoger a una rata llamada Glower.

—¿Glower has dicho?

—Sí, me he enterado de que le buscáis. Ya sabes que no hago esta clase de trabajos, pero esta es una excepción. Me repugna esta clase de bichos; será mejor que te lo lleves.

—Gracias, Hill. Andábamos buscando a ese sujeto y temíamos que escapara.

—De nada, Levens. Dale recuerdos al comisionado y dile que se olvide de mí hasta que vuelva a dar señales de vida. Estoy pensando en tomarme unas largas vacaciones.

—Que sean cortas, Hill. Hay trabajos que si no fuera por ti, no podríamos resolverlos.

—Sí, eso mismo me dicen en la CIA, el FBI y otros lugares, pero quien expone el pellejo siempre soy yo. Ahora, ocúpate de recoger a ese Glower, ignoro hasta cuándo dormiré.

Dio la dirección exacta y colgó el aparato.

La noche era joven todavía, pero en aquellos primeros días de otoño, la ciudad se había llena de *smog*, que unido a la niebla que se había levantado entre los dos ríos, producía una sensación gélida sin que el termómetro estuviera demasiado bajo. El ambiente era desagradable, pero aquello era Nueva York y, dentro de lo que

cabía, Vincent Hill lo prefería a los pegajosos días de verano.

Montó en su «Porsche» de importación y permaneció unos segundos sentado, sin ponerlo en marcha. A la luz interior del automóvil leyó de nuevo la tarjeta que le enviaran por correo a su apartamento:

«En el hotel Waldorf Astoria, salón C, a las doce treinta, cena de hermandad panamericana. No es necesaria etiqueta.

»Elsa Strode.»

Pensó que si hubiera leído un nombre masculino no habría hecho caso, pero le atrajo la cita. ¿Qué habría tras ella? Vincent había vivido suficiente como para no dejarse arrastrar por un nombre femenino. ¿Una posible aventura amorosa? Podría ser. El mundo femenino captaba casi siempre de inmediato su atractivo masculino.

Dio vuelta a la llave y el motor roncó con fuerza.

Lo despegó del bordillo en rápida y hábil maniobra. Los faros taladraron la niebla de aquel Nueva York otoñal y sucio. Se dirigió a Manhattan enfilando hacia el puente de Williamsburg. Echó mano a su bolsillo para pagar los cincuenta centavos del peaje, pero se encontró con los billetes de mil dólares.

Se dijo que era preferible no sacarlos a la luz, podría provocar estúpidas sospechas. Nadie llevaba más allá de cien dólares en el bolsillo durante la noche. Los asaltos eran continuos en la gran urbe y cada día las crónicas negras de la prensa amarilla venían llenas de atracos y crímenes y, paradójicamente, en más de una ocasión, todo el botín del robo había sido un solo y sarcástico dólar; una vida por un dólar.

Se desprendió de un maldito billete de dos dólares recibió el cambio y prosiguió hacia Manhattan. ¿Por qué estarían malditos los billetes de dos dólares? Fuera por lo que fuese, la gente solía librarse de tales billetes.

Dejó el «Porsche» en el aparcamiento del mayor hotel del mundo y se introdujo en el edificio, que conocía a la perfección. Sabía dónde se hospedaba Edgar Hoover siempre que llegaba a Nueva York o dónde había tenido su residencia Mac Arthur.

Solo tuvo que pronunciar su nombre y se le franqueó la entrada

al salón C.

La cena era fría. Había sillas y mesas pequeñas, pero en especial largas mesas a las que cualquiera podía acercarse para tomar un sabroso bocadillo Imperial o un poco de caviar ruso, aunque los que allí se reunían, en su mayor parte eran hispanoparlantes. Vincent Hill se defendía bien en aquel idioma, ya que había nacido en Los Ángeles de California.

Hombres y mujeres de cabello oscuro, algunos bigotes espesos, miradas preocupadas y chistes escuchados a corro. ¿Quién sería Elsa Strode? ¿Qué haría en aquella cena panamericana seguramente costeadada por una Embajada en la ONU de alguno de aquellos países?

—¿Se aburre? Tenía entendido que hablaba español.

—Sí, lo hablo.

—Y muy bien —admitió la mujer con la que se había quedado encarado.

En una reunión como aquella, Vincent Hill había esperado encontrarse con una mujer morena, de profundos ojos oscuros y cutis tostado. Mas se vio delante de una rubia de lacios y largos cabellos y ojos verdes felinos que le miraban sonrientes, pero con algo de misterio tras ellos.

—¿Elsa Strode?

La mujer, que no tendría más de veinticinco años, delgada pero de busto erguido, observó al hombre antes de responder. Era alto, de cabello cobrizo, algo largo sobre la nuca.

—No veo extrañeza en su rostro.

Vincent Hill sonrió levemente al preguntar:

—¿Y por qué debía de tenerla?

—No sé, quizá pensó que Elsa Strode sería de otra forma.

El hombre admitió:

—Pues sí, al ver el ambiente creí que podía encontrarme con una belleza latinoamericana y me he topado con una anglosajona, aunque por el nombre ya había supuesto que así sería.

—Es cierto, tengo algo de inglesa.

—¿Su padre?

—Sí.

—¿Y su madre?

—Alemana, pero los dos se conocieron en Cumarú^{1}.

—¿Y Elsa Strode nació en Cumarú?

—Nací en un barco.

—¿Con bandera...?

—Norteamericana. Mi padre quiso que fuera inglesa y mamá, alemana. Tenían algunas discusiones, fue después de la guerra, pero vino la paz y mi abuela decidió.

—¿Abuela materna o paterna?

—Paterna, nacida en Boston. Tengo nacionalidad norteamericana, aunque soy asesora comercial de Cumarú en la Embajada en la ONU.

—Es usted muy internacional, señorita Strode.

—Llámeme Elsa. El mundo se ha hecho muy pequeño gracias a los grandes reactores. Para hacer el periplo en el que hoy en día se invierte una semana, hace solo cien años se precisaba toda una vida y no se garantizaba que fuera larga.

—Tampoco actualmente se garantiza el punto de aterrizaje cuando se toma un avión, especialmente en nuestro país. Hay mucha gente que termina viendo barbas.

—Sí, opino que ya hay mucha gente que toma el avión confiando tener esa aventurilla para luego contársela a sus aburridos vecinos de cualquier ciudad provinciana de esta nación.

—Es usted muy irónica, Elsa.

—Francamente, Vincent, no le he citado para contarle mis gracias, ni usted espera eso de mí. ¿No es cierto? —preguntó moviéndose ligeramente para adoptar una postura más femenina, más sensual, poniendo de relieve su busto, humedeciendo sus labios color cereza oscuro, cimbreado la cintura y adelantando la pierna derecha, que quedó evidente a través del vestido «mini» con largos flecos.

—La verdad, Elsa, no tenía el gusto de conocerla, pero suelen llamarme para cosas complicadas. Lo fácil no me gusta.

—Tengo algo que proponerle, Vincent, pero aquí hay demasiada gente.

—Yo no he sido quien ha propuesto la cita.

Ella sonrió, disculpándose.

—Esta fiesta de fraternidad panamericana la ha organizado la Embajada de Cumarú en la ONU.

—¿Con dinero norteamericano o de Cumarú?

—Ahora es usted el irónico.

—¿Podría conocer sus intereses, si son los de Norteamérica o de Cumarú?

—Las personas que somos muy internacionales solemos pensar primero en nuestros intereses. Ahora, ¿qué le parece si dejamos este salón? Yo ya he saludado a la gente que debía ver.

—Tengo un pequeño apartamento en el Bronx. No hace frío, eso está garantizado. Hay buen *bourbon*, pero supongo que ese no es el plan.

—Si lo fuera, ¿le decepcionaría?

—Pienso que antes de llamarme se ha enterado bien de quién soy yo. Debería de añadir en su ficha que Vincent Hill es tan escéptico que ya no se sorprende ni decepciona por nada.

—Entonces, lléveme a su coche. Ya le indicaré el camino que quizá sí le sorprenda.

Vincent lanzó un suspiro. Tomó a Elsa Strode por el brazo y la sacó al exterior no sin que ella pasara antes por el guardarropía, donde le entregaron una gabardina roja que le llegaba hasta las rodillas y tenía una capucha también roja con la que se cubrió la cabeza.

—Nueva York, con su niebla otoñal, también posee cierto misterio. No sé por qué habrán de hablar tanto del misterioso Londres, seguro que si contáramos los crímenes y desaguisados de todo tipo que se cometen en una sola noche en una y otra ciudad, Nueva York salía ganando.

—Será porque carece del Big-Ben —ironizó Vincent—. Produce cierta emoción escucharlo y en Nueva York ya nadie se sorprende porque haya continuas violaciones de muchachas en las mismísimas estaciones del Metro.

—Bonito coche, y muy rápido —opinó Elsa frente al «Porsche» esperando que Vincent le abriera la puerta—. Sabe cuidarse.

—¿Adónde vamos? —inquirió el hombre con la mano en la llave de contacto—. Quiero conocer algo más de los misterios de una noche de niebla en el otoño neoyorquino.

—Me temo que esta noche no tendrá tiempo para descubrirlos —dijo mirándole de reojo, al tiempo que extraía de su bolso dos billetes de aviación—. Aeropuerto Kennedy.

—Jamás ninguna chica me había propuesto que pasáramos una

noche a bordo de un jet. Se podía esperar un viaje en el íntimo camarote de un buen trasatlántico, pero a bordo de un reactor... Resulta una noche algo rápida, ¿no cree?

—Las noches no son largas ni cortas, depende de uno mismo. Si se duerme, son cortas. Si se saben aprovechar, resultan largas.

El motor del «Porsche» roncó saliendo del aparcamiento para tomar el cinturón de ronda que habría de llevarles a la autopista que les conduciría al aeropuerto Kennedy en el Queens, a veinticinco millas de Manhattan.

A aquella hora de la noche, el tráfico no era denso pero sí peligroso. Se circulaba demasiado rápido para la escasa visibilidad y el asfalto mojado.

—Antes ha dicho que ni se sorprendía ni se decepcionaba.

—¿Por qué lo dice? ¿Por prometerme una noche aérea?

—Además de dos billetes de avión hasta Cumarú tengo esto para usted.

Vincent Hill lanzó una ojeada al talón que le mostraba la chica y respondió con franqueza:

—Me gustan más sus piernas, Elsa.

—Es un auténtico halago que le gusten más mis piernas que cien mil dólares a cobrar en el Banco Nacional de América.

—No, si no es eso, es que el cheque no lleva firma y no tiene más valor que un recorte de periódico.

—Es cierto, pero se estampará la firma pertinente si cumple con el trabajo que le encomendarán.

—¿Y cuál es ese trabajo? No soy de los que se ciegan por un buen cheque ni...

—¿Por unas bonitas piernas, iba a añadir?

—¿Telépata?

—Solo mujer.

Vincent cambió de carril para adelantar a un «Ford» que solo rodaba a ciento veinte por hora. Lo pasó como una exhalación.

—¿Cuál es el trabajo? —insistió mientras recobraba el carril circulatorio de su derecha.

—Lo ignoro.

—Entonces, iremos a Cumarú y cuando sepa de qué se trata veré si acepto o no.

—¿Tiene miedo de comprometer su moral?

—No tengo dudas respecto a mi moral. No se puede decir que haga la buena obra diaria de los *boy scouts*, pero tampoco le pego una patada en la espinilla a un viejo ni le pincho el globo a una niña que está chupando un caramelo.

—Me doy por aludida. La verdad, desconozco el trabajo que se le va a proponer, pero yo tampoco comprometería mi moral por cien mil dólares.

Mientras los faros taladraban la noche en dirección al aeropuerto, las luces de los aviones podían verse ya en el cielo menos neblinoso por haber escapado al centro de la macrometrópolis. Vincent tomó un cigarrillo, que tendió a la joven para que se lo encendiera con el mechero del coche, y concretó:

—Claro que, al hablar de moral, hay que saber de qué moral se habla. Para mí, gozar de la belleza de unas piernas bonitas no es una degradación de mi integridad.

Vincent esperaba la opinión de su interlocutora, más esta no se produjo y el automóvil entró en el gran aparcamiento del aeropuerto. Los motores a reacción de los grandes «Jumbos» rugían y silbaban dispuestos a devorar millas a miles de pies de altura.

CAPÍTULO II

Vincent Hill se estaba afeitando en el lavabo de la *suite* en que había pasado la noche a su llegada a la capital de Cumarú, una *suite* en el mejor hotel y con una amplia terraza orientada hacia la costa del océano Pacífico.

Sin quitarse el jabón que cubría la mitad de su cara, con solo los pantalones por vestimenta, se acercó a franquear la puerta en la que acababan de llamar.

Una jovencita morena, de largos cabellos y vistiendo *minishorts*, le saludó sonriente. En su mano portaba un par de perchas enfundadas en plástico con ropa dentro de ellas.

—¿El señor Vincent Hill?

—Yo mismo.

—Esto es para usted.

—No he encargado nada —objetó perplejo.

—Está todo pagado, señor Hill.

—Bien, espere, que buscaré...

—No se admiten propinas, señor Hill —sonrió y agregó—: Es la costumbre.

Vincent cogió las perchas y con el rostro medio enjabonado, dejó la ropa sobre la cama y regresó al lavabo para seguir rasurándose con la hoja de afeitar y la maquinilla que le habían proporcionado en el mismo hotel.

Se lavó bien el rostro, que delataba un aspecto ligeramente azul por la barba cerrada que, recién rasurada, ya pugnaba por brotar de nuevo violentamente.

Pasó a la alcoba y quitó las fundas plásticas, descubriendo un traje blanco de fibra ligera que le evitaría el calor de aquella república centroamericana. Era un clima tropical muy distinto al del recién abandonado Nueva York, con su niebla otoñal, su asfalto húmedo y su escasa luz ambiental.

De nuevo llamaron a la puerta.

Antes de ponerse la ropa fue a abrir. Era la segunda visita

femenina que recibía en aquella soleada mañana de la República de Cumarú.

—¿Has pasado buena noche? —preguntó Elsa Strode pasando al interior de la *suite*.

Vincent recordó que la noche anterior Elsa había sabido evadirse con elegancia, pero evadirse al fin y al cabo. No había querido acorralarla. Estaba seguro de que le quedaban otras noches por delante.

—Mejor lo hubiera podido pasar, pero por lo menos he dormido bien.

Elsa alzó sus manos posándolas sobre los hombros desnudos de Vincent. Elevándose sobre las puntas de sus pies, lo besó en los labios. Fue una caricia suave, fugaz pero alentadora.

Sin quitar los ojos de las pupilas masculinas, siseó:

—No me agradan las prisas. Siempre que hago algo me gusta estar segura de lo que va a suceder después.

—Pues para traerme a Cumarú sí te has dado prisa. Ayer estaba en Nueva York tan tranquilo, un poco aburrido, eso sí.

—¿Te va bien la ropa? —inquirió ella señalándola significativamente.

—No me la he probado aún, pero supongo que en tu ficha tendrás mis correspondientes medidas antropométricas.

—No te voy a negar que sí has sido investigado, pero anda, vístete; el viaje no ha terminado.

—¿Vamos a ver a quien me ha de proponer el trabajo?

—Sí. Abajo tengo estacionado un *jeep*.

—Eso quiere decir que nos aguarda una carretera accidentada, ¿no?

Tomó la ropa y Elsa Strode salió de la alcoba para aguardar en el *living* a que el hombre se vistiera.

Se acercó a la terraza y observó las espumeantes olas oceánicas que morían en las suaves arenas de la costa.

Vincent Hill juntó los billetes que tenía y que sumaban una respetable cantidad de dólares con los que una familia media norteamericana podría vivir bien un mínimo de tres años. Los guardó en el bolsillo de su nuevo traje blanco y salió al *living*.

Elsa se volvió para mirarlo y opinó:

—Perfecto. Los datos de la ficha son exactos.

—Espero no defraudarte en ninguno de esos datos.

—Creo que así será.

El *jeep* conducido por Vincent Hill siguiendo las instrucciones de Elsa Strode, salió de la capital por la autopista marítima.

Dobló luego hacia el interior, tomando una carretera secundaria. Al cabo de algo más de una hora de marcha, cuando la selva se espesaba en derredor, se desviaron por un camino mal llamado carretera, sin asfaltar y enfangado en algunos lugares. Mas el *jeep*, de fabricación yanqui, salió bien del paso sin apenas disminuir la velocidad.

Vincent Hill localizó huellas de vehículos oruga pesados, pero no hizo comentarios.

No tardaron en toparse con un control militar. Una valla de alambradas interceptaba el camino custodiado por un pelotón de soldados de Cumarú.

—Está prohibido el paso —objetó el suboficial, comandante del puesto—. Es zona de prácticas militares.

Elsa Strode sacó un documento que mostró al militar. Este, nada más leerlo, se apresuró a mostrar sus dientes al sonreír, saludando a la fémina con mucha cortesía. Después, gritó a sus hombres:

—¡Vamos, rápido, la valla fuera, rápido!

—Gracias, sargento —dijo ella guardando el documento.

El *jeep* roncó de nuevo y se internó por el camino, dejando atrás al pelotón de milicianos. Uno de ellos se apresuró a establecer comunicación con la radio portátil con el control posterior.

—Parece que nos toman por gente importante —ironizó Vincent.

—Es zona militar. Seguramente estarán haciendo pruebas o maniobras. Yo no entiendo mucho de milicia.

—Hay huellas de tanques en el camino. Espero que no practiquen su puntería con nosotros. Sería una lástima ensuciar este traje blanco que me has comprado.

Pasaron tres controles más, cada vez mejor custodiados y más rigurosos.

Hasta ellos llegaron detonaciones de fusilería y disparos de pequeños cañones de campaña. Una escuadrilla de helicópteros pasó por encima de sus cabezas a baja altura y en perfecta formación. Ya algo más lejos, dispararon sus cohetes contra el supuesto enemigo.

En la puerta del barracón de la comandancia, un comandante les recibió ya con la noticia de su llegada. A su lado, un estirado capitán les escrutó a través de sus gafas oscuras. No pudo evitar lanzar oleadas de admiración masculina hacia la hembra que viajaba en el *jeep*.

—El general está en el control de la colina observando las maniobras.

—Comuníqueme mi llegada —ordenó Elsa Strobe.

El comandante saludó levemente y se internó en el barracón para ponerse en contacto por línea telefónica con el general.

El capitán permaneció en el zaguán, observándoles a través de sus gafas oscuras. Era un hombre que, para ser latinoamericano, resultaba muy alto, de mandíbula cuadrada, quizá con antecedentes étnicos germánicos, muy seguro de sí mismo. En todo el tiempo no despegó los labios, que eran finos y de trazo duro. ¿Sería uno de tantos hijos de alemanes que después de la guerra huyeron a Sudamérica? Podía ser hijo de algún oficial nazi, formando parte en su infancia de las juventudes hitlerianas.

El comandante regresó y dirigiéndose al capitán indicó:

—Capitán Hamter, acompáñelos a la torre de observación. El general les espera.

El capitán subió a la parte posterior del *jeep* y señaló el camino a seguir con sequedad.

Vincent Hill condujo el vehículo por un sendero tortuoso y ascendente.

La vegetación baja se hizo más escasa, pero había grandes árboles a su alrededor. Vincent pudo descubrir a hombres ocultos estratégicamente entre los troncos, controlando aquella parte de la selva centroamericana.

Hasta que no estuvieron muy cerca de ella no descubrieron la torreta de observación que consistía en una torre de unos quince metros de altura, con techo ondulado metálico y un ascensor esencialmente funcional, movido por un motor de gasolina.

Un pelotón de soldados controlaba la base de la torreta y el elevador. Un teniente les recibió cuadrándose ante el casi prusiano capitán Hamter.

—Teniente Ramírez, el general está aguardando a los visitantes —indicó el capitán.

—El comandante Larrea así nos lo ha comunicado y el general ha ordenado que solo suba el hombre llamado Vincent Hill. Antes, deberá mostrarme su documentación.

Vincent Hill se dio por aludido y sacó su pasaporte norteamericano, que nunca abandonaba, ya que solía viajar mucho en su agitada vida aventurera.

Se lo mostró al oficial de puesto, quien, tras leer y observar la fotografía, le devolvió el pasaporte indicando:

—Puede subir, señor Hill. La señorita deberá aguardar aquí abajo, son órdenes del general.

—Por lo menos quedo bien acompañada —dijo Elsa irónica—. ¿No es así, capitán Hamter?

—Será un placer, señorita Strode. Además de bonita, es usted una mujer inteligente.

—Gracias —aceptó ella lanzando a Hill una mirada de reojo para ver su reacción ante el halago del capitán.

Vincent se limitó a darles la espalda para dirigirse al ascensor y a Elsa le fastidió no descubrir ningún signo de emotividad por parte del norteamericano.

Vincent se colocó dentro del reducido ascensor, solo apto para un máximo de dos personas. El motor se puso en funcionamiento ascendiéndolo hasta la plataforma.

Al llegar a lo alto descubrió a un hombre grueso, con algo más de medio siglo de existencia sobre sus espaldas, pero bien conservado.

El general se hallaba inclinado sobre un telémetro de mira horizontal observando por su lente que multiplicaba la potencia focal dentro del grueso cilindro. Por el extremo derecho sobresalía el cristal que buscaba en el horizonte los puntos de observación.

Se escuchaban voces a través de una serie de teléfonos descolgados sobre una mesa. En cada uno de ellos había una tarjeta con un nombre para localizar con rapidez al general que se deseara, pues cada uno de los aparatos correspondía a un hombre distinto.

Vincent Hill sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo y colocó uno entre sus labios para luego prenderle fuego sin prisas.

Esperó, sin demostrar impaciencia alguna, a que el militar que observaba el campo de maniobras se volviera hacia él.

Hasta sus oídos llegaban claramente los disparos de cañonería y cohetería tierra-tierra y aire-tierra. Desde la torre, aunque lejanas,

podían observarse las explosiones en una zona de la selva algo más rala en vegetación.

Los helicópteros de ofensiva maniobraban abriendo un frente para que los helicópteros que les seguían con transporte de tropas pudieran infiltrarse en las supuestas filas enemigas y desembarcar a los soldados bien pertrechados, tratando de embolsar al supuesto enemigo.

Al fin, el general se volvió hacia Vincent y este achicó ligeramente las pupilas al verle.

—General Romera.

—Sí. ¿Acaso no esperaba encontrarse conmigo? —preguntó el presidente de la República de Cumarú.

—No creí que un personaje de su importancia, todo un presidente de nación y con tanto personal a sus órdenes, pudiera precisar de mis servicios.

El general suspiró. Miró hacia el horizonte y observó:

—Magníficas maniobras, ¿no le parece?

—No he podido verlas de cerca, pero el colorido de esta selva tan densa que poseen, el nítido azul del cielo, amenizado por el rojo de las explosiones y el negro de las humaredas, es algo digno de un filme de setenta milímetros.

—Sí, en Cumarú tenemos color, tanto color como el de nuestros guacamayos, azul, verde, rojo, negro, blanco. Sí, somos un país que gusta del color, pero no le he hecho venir hasta aquí para hablarle de nuestra bandera nacional, de nuestros gustos, de la policromía con que la madre naturaleza nos ha obsequiado.

—Eso supongo, señor presidente.

—Llámeme general, será suficiente.

Fue colgando metódicamente todos los auriculares telefónicos y no se dirigió a Hill hasta que estuvo bien seguro de que no podía ser oído:

—Hay que tomar toda clase de precauciones, señor Hill.

—¿Teme alguna conjura contra usted? Le advierto que a un extranjero, por muy experimentado que sea, le será siempre más difícil que a un oriundo del país descubrir una conjura.

—No, por el momento no temo ninguna conjura. Por supuesto, somos muchos los países que sufrimos la plaga de los FLN.

—Es cierto que los Frentes de Liberación Nacional abundan, pero

en algunos países tienen su razón de ser.

—En Cumarú no —cortó radical—. El pueblo tiene lo que debe y si no tiene más es porque no lo hay. Trato cada día de que las riquezas sean repartidas más equitativamente, aunque es lógico que siempre me encuentre con tropiezos y amenazas. Por ejemplo, hay algunos compatriotas suyos que poseen aquí grandes empresas monopolizadoras y no desean repartir esa riqueza.

—Lo siento, general, no soy buen político, soy más bien un hombre de acción.

—Magnífico, Hill, es lo que yo preciso. Es usted un hombre hábil al no querer involucrarse en discusiones políticas. La verdad es que jamás se llega a parte alguna.

—Le escucho, general.

—La señorita Strode le habrá dicho que puede usted ganar cien mil dólares.

—Sí, me mostró un cheque sin firma.

—La firma la pondré yo cuando el trabajo esté hecho.

—Es una suma elevada, general. En Cumarú, cualquier familia sería rica durante toda su vida con ese dinero.

—Sí, pero a cambio voy a pedirle un trabajo arriesgado.

—No son precisamente los riesgos los que me asustan, general, pero sí me molesta que me proponga algo digamos incorrecto.

El presidente de la República de Cumarú tensó su rostro. Semejó que iba a estallar, pero fue distendiendo sus músculos lentamente, controlándose. Al fin, cuando habló lo hizo con una sonrisa forzada que debió de costarle trabajo. No estaba acostumbrado a que le hablaran con dureza.

—Hill, yo propongo cosas correctas, solo que a veces debo de recurrir a medios no demasiado ortodoxos para llevar a cabo ciertos aspectos de mi ministerio como presidente de la República. Se sorprendería de lo solo que se siente un hombre cuando está en la cumbre política y social de un país. Está más aislado que un esquimal en el Polo, y en cuanto al frío, no lo mitiga este sol tan impresionante del que nos protegemos, ese sol que clorofiliza toda nuestra ubérrima vegetación.

—General, vaya al grano. Sé que me han investigado antes de hacerme venir hasta aquí. Usted sabe sobradamente quién soy.

—Es cierto. Contraté los servicios de la más importante agencia

de detectives norteamericana para que me facilitara los datos que necesitaba.

—Elsa Strode se encargó de todo, ¿verdad?

—Así es.

—¿Y cómo ha llamado a esta operación?

El general Romera sonrió.

—A los norteamericanos les ha dado por poner siempre nombres más o menos graciosos a sus operaciones; pues bien, ¿qué le parece Operación Águila Viajera?

—No está mal. El águila es el símbolo de mi nación y en cuanto a lo de viajera, ya he hecho muchas millas para llegar hasta aquí.

—No, Hill, lo de viajera aún no ha comenzado. El trabajo que quiero proponerle es que realice un largo viaje a través de la selva de mi nación, repleta de animales, arácnidos nocivos, insectos, enfermedades, hasta puede toparse con alguna tribu de hombres primitivos y, por supuesto, guerrilleros del FLN que tratarán de cortarle el paso. Ellos saben manejar muy bien las metralletas y los explosivos y poseen buenos fusiles con miras telemétricas. En fin, un viaje peligroso.

—Supongo que no debo de tomarlo como un viaje de placer. ¿Hay que acompañar a alguien por la selva o bien transportar algo?

—Lo último es más concreto.

—¿Hay que trasladar algo importante a través de la jungla?

—Sí. No será un trabajo fácil, se lo advierto, pero no puede fallar.

—En ese caso, debe de ser realmente importante.

—Lo es. El plan es que lleve esa carga a un determinado lugar desértico de este país. Por supuesto, no irá solo, habrá más gente, pero le haré a usted responsable de la operación.

—¿Confía en mí?

—Sí. Sé que la CIA, el FBI y otras entidades policíacas de su país se han fiado de usted y jamás las ha defraudado. También sé que ha hecho trabajos para otras naciones.

—De acuerdo, de acuerdo, general, no me abrume, al final pensaré que soy tonto. Ahora, dígame, ¿por qué no encarga a sus hombres esta misión de viajar a través de la selva con la carga? Posiblemente lo harán mejor que yo, ellos conocen la selva.

—Usted sabe moverse en la selva, me consta. Además, el trabajo

no termina al llegar al lugar determinado que le indicaré en su momento. En aquel sitio estará aguardando un avión que usted cargará con quienes le acompañen y luego tripulará hasta el lugar que yo le señale.

—Entiendo. Deberé abandonar Cumarú por vía aérea sin que nadie se entere.

—Exacto. Veo que va entrando en situación. Usted despegará de algún punto desértico e inhóspito con un «B-29» ya algo viejo pero en perfecto estado de funcionamiento. Sé que usted ha tripulado esta clase de aviones.

—Es cierto. Este avión dio excelentes resultados en la pasada guerra mundial.

—Admito que no es un reactor, pero hizo mucho daño dejando caer la bomba atómica sobre Hiroshima.

—No pretenderá que cargue con un ingenio nuclear, ¿verdad?

—No, transportará una carga preciosa que depositará en un determinado aeropuerto que yo le indicaré posteriormente. La llegada de su cuatrimotor será coincidente con mi visita privada a determinado país europeo y si se pregunta por qué no pueden tripular ese aparato hombres de mi ejército del aire le diré que es porque tengo informes de que el FLN está infiltrado en las filas de mi ejército y provoca sabotajes. Si se divulga la noticia del traslado de esa preciosa carga tratarían de robarla y no es conveniente para la economía de nuestro país que eso ocurra.

—Entiendo. Temen sea robada por los miembros del FLN que, por lo visto, forman un frente bastante importante.

—Contra el que no dejamos de luchar —puntualizó el presidente—, pero fracasamos porque existen miembros de ese maldito frente que avisan a tiempo a los guerrilleros. Cuando creemos tender una trampa, son mis hombres los que caen en ella. Ellos controlan la costa y tienen espías por todas partes. Mi vida peligra a cada instante, me han amenazado de muerte.

—Sí, ya me he dado cuenta de que sabe protegerse.

—Es lo lógico, no tengo por qué dejarme asesinar. Tomo precauciones, Hill, y aún debo de tomar más. Una carga parecida, pero no la verdadera, por supuesto, partirá en un barco y ciertamente temo que sea sabotado o asaltado.

—Debo de pensar que la carga será importante.

—Lo es.

—Antes de aceptar, me gustaría saber en qué consiste.

Romera dudó unos instantes antes de responder. Al fin aclaró:

—Lingotes de oro y esmeraldas extraídas de nuestras minas. Es una parte del tesoro nacional.

—Que usted desea descanse en lugar más seguro.

—Exacto. De lo contrario, no hay forma de hacer tratos comerciales con otras naciones. Le estoy pidiendo que preste una valiosa ayuda a nuestro país, una ayuda que será recompensada con esos cien mil dólares de los que yo me hago responsable.

—De acuerdo, general, acepto.

—Bien, entonces regresará a la capital con la señorita Strode. Ya recibirá nuevas instrucciones mías. Todo debe de planearse con tiempo y se irá poniendo en contacto con los demás miembros que formarán la expedición Águila Viajera. Por supuesto, no hace falta insistir respecto al riguroso silencio que debe de guardarse sobre este asunto.

—No tema por mi lengua, general, pero una pregunta: si le hubiera dicho que no acepto, ¿qué habría hecho?

El general sonrió ligeramente, casi en forma mortal, e inquirió a su vez:

—¿No se lo imagina, Hill? —hizo una ligera pausa y agregó—: Ejecutarle, naturalmente. La selva de Cumarú sabe guardar muy bien los secretos de cuanto en ella sucede.

—Entendido, general. Esperaré sus instrucciones. Imagino que deberá ir preparando su viaje coincidente con mi llegada a Europa en el cuatrimotor.

—Correcto. Usted puede gozar de la vida de Cumarú en compañía de la señorita Strode, será una excelente guía y agradable compañía. Sería interesante que le tomaran por un *play-boy* americano y que nadie sospeche que tiene una misión que realizar en Cumarú. Podrían asesinarlo o secuestrarlo, esos delitos están muy de moda últimamente.

—Sé cuidarme, general.

—Eso espero, Hill. Abajo ya debe de estar impaciente la señorita Strode —le tendió la mano para estrechársela, al tiempo que añadía —: Nos volveremos a ver cuando su avión aterrice en el punto de destino.

—De acuerdo, general. Será una misión interesante y espero que haya sabido elegir a los hombres adecuados.

—Hace algún tiempo que preparo esta operación y he podido meditar acerca de los más convenientes. No es una decisión impulsiva, se lo aseguro. Buena suerte. Cumarú confía en usted.

Vincent Hill abandonó la torreta en el ascensor, dejando al presidente de la República en lo alto.

La rubia Elsa Strode aguardaba en el *jeep*. El capitán Hamter estaba junto a ella, escrutándola a través de sus gafas oscuras.

—Gracias por servirnos de guía, capitán.

El capitán no respondió, pero por la presión de sus labios era evidente que las palabras del norteamericano le habían sentado mal.

Se apeó del vehículo y se limitó a saludar a Elsa.

El *jeep* partió de retorno a la capital.

CAPÍTULO III

El embajador estadounidense en Cumarú se reclinó en la mullida butaca. Cruzó los dedos por delante de su magro cuerpo antes de decir:

—La República de Cumarú no es una nación demasiado boyante económicamente hablando. En realidad, todos los países del mundo hispanoamericano precisan ayuda para su desarrollo.

Vincent Hill apartó el cigarrillo de sus labios para observar:

—Y los Estados Unidos le pasan ayuda en equipo y material de guerra, ¿verdad?

—No sea irónico, Hill. También les prestamos ayuda en equipo industrial.

—Que sirve para empresas norteamericanas, claro.

—Sí, es cierto, pero, también favorecemos con equipos industriales a las empresas estatales.

—Que son escasas.

—Parece usted el abogado del diablo, querido compatriota.

—No, embajador, lo que trato es de hacerme una idea real respecto a la situación económica de esta República.

—¿Piensa invertir dinero aquí?

—Podría ser. En Cumarú se obtiene café, cacao, frutas tropicales y azúcar en gran cantidad, no de la calidad cubana, pero es buena.

El embajador lanzó un suspiro antes de aclarar:

—La República de Cumarú, por su tipo de desarrollo, es una nación eminentemente agrícola.

—Creí que había más selvas que plantaciones.

—Su ironía es acertada, Hill. Me refería comparativamente con su industrialización. La verdad es que su agricultura debería de desarrollarse muchísimo más y se obtendría mayor diferenciación de productos agrícolas. Los grandes plantadores solo van a la suya y cultivan lo que más divisas les produce. Por ello Estados Unidos envía parte de su ayuda en trigo, arroz y carne.

—¿Carne, se refiere a los pollos que por exceso ya no podemos

endosar a los europeos?

—Serviría para incisivo periodista, señor Hill —dijo el embajador sonriendo forzosamente.

—Bien, embajador, de modo que Cumarú recibe envíos de equipo industrial y de primeros productos agrícolas para la población.

—Sí, y no crea que es fácil entregar ayuda. Con el principio marcado por Cuba, determinados países, entre ellos Cumarú, basculan políticamente y también reciben ayuda del mundo ruso o del que sea.

—De modo que los protectores se hacen la competencia por ayudar.

—Así es —admitió el embajador—. Estados Unidos tiene muchos intereses invertidos en Cumarú y sería contraproducente perder nuestra influencia en esta zona.

—Sin embargo, la población no está demasiado satisfecha. Hay un frente de liberación nacional un tanto poderoso.

—Parece ser que la ayuda no llega íntegra al pueblo, pero eso no es asunto norteamericano, sino de política interna de este país y no podemos intervenir. Decir unas palabras de más significaría que apoyamos al FLN.

—¿Y no es cierto?

—Es usted muy agudo, Hill. Nosotros solo ayudamos al que manda, al representante del país, oficialmente, claro. El presidente Romera no nos complica la vida con nacionalizaciones pese a lo altamente republicano que es.

—Si se hizo con el poder mediante un golpe de Estado militar, quizá tema que le ocurra algo semejante a él.

—Sí, mientras no me secuestren a mí —comentó pesaroso el embajador—, todo irá bien.

—Si cayera el presidente Romera, los que subieran al poder, ¿serían enemigos de Estados Unidos como sucedió con Cuba?

—Eso no se puede predecir, pero tanto los rusos como los chinos y nosotros mismos conocemos a los líderes de ese frente de liberación nacional que a decir verdad no tiene demasiada fuerza aún.

—¿Chalanean esos cabecillas sobre el porvenir de esta nación?

—Ellos piden mucho y ofrecen poco. Darles algo es políticamente malo si se enteran quiénes mandan, pero estos son problemas de

alta política, señor Hill, y usted ha venido a preguntar por la economía de este país, ¿no es cierto?

—Así es, coronel. Por cierto, hay un político de Cumarú llamado González que se graduó en Filosofía y Derecho internacional en España, siendo aceptado en el mundo entero como un excelente escritor y biógrafo y que en estos momentos se halla en la cárcel.

—Sí, fue ministro de Asuntos Exteriores del anterior Gobierno derribado por el golpe de Estado de Romera. El presidente, como todo el mundo sabe, falleció a consecuencia de un ataque cardíaco pocos días después del golpe de Estado y algunos ministros pudieron huir al extranjero, pero González no quiso hacerlo. Dijo que él serviría a su país aunque fuera dentro de la cárcel y allí sigue. Cuestiones internas de esta nación en las que no debemos de intervenir como ya le he dicho.

—Sin embargo, González parecía un excelente político, un reformador y autor de un plan de desarrollo agrícola industrial para la República de Cumarú.

—Veo que González le cae simpático.

—Siempre me han caído simpáticos los hombres sinceros.

—A veces, los hombres sinceros hacen daño. Algunos nacionalizan demasiadas empresas que han costado millones de dólares a nuestra nación.

—Millones que ya han sido recuperados y con intereses —objetó Vincent Hill—. No me tome por un mal patriota, embajador, pero me caen mal los *trusts* de nuestro país y de cuando en cuando no les viene mal algún palo duro. En fin, embajador, disculpe por la molestia. Estoy seguro de que tendrá mucho que hacer.

—Ha sido un placer, señor Hill. Por cierto, esta noche doy una fiesta en mi palacete y me agradecería que asistiera a ella. Habrá personas interesantes.

—Si no me ocurre nada, iré, embajador, claro que traeré a alguien conmigo.

—¿La señorita Strode?

—Veo que está usted alerta.

—Debo de estar informado, señor Hill. La señorita Strode es norteamericana, pero tiene un cargo de asesoría comercial en la embajada de Cumarú en la ONU. Conozco bien a su familia, aunque últimamente se halla en Europa.

—Pues bien, embajador, ella será mi pareja. Hasta la noche.

Al salir de la Embajada, las ruedas de un «Chrysler» chirriaron al frenar a pocos pasos de él. Al volante del descapotable blanco se hallaba Elsa Strode, sonriéndole.

Vincent abrió la portezuela y se sentó junto a la mujer que puso el coche nuevamente en marcha. Vincent evitó mirar el cuentamillas. Cuando subía junto a una mujer que conducía solía no mirar la aguja.

—Debes de haber impresionado mucho al general porque me ha ordenado que me ponga a tu servicio —le dijo Elsa.

—¿A mi servicio, totalmente? —preguntó Vincent no exento de picardía.

—Yo colaboro con este país, pero no le debo fidelidad absoluta. Puedo prescindir de mi empleo cuando mi moral me lo aconseje.

—Me doy por aludido. ¿Puede saberse adónde vamos?

—Debes de conocer a los hombres que te obedecerán en la misión que se te ha encomendado.

—Bien, veo que el general se ha dado prisa en poner las cosas en funcionamiento. No me agrada perder el tiempo. Por cierto, esta noche debes de acompañarme a una fiesta que da el embajador norteamericano en su palacete.

—De acuerdo, será un placer ir cogida del brazo del hombre más guapo de la fiesta.

—Hum, todavía no has visto a los otros para hacer esta aseveración.

—Conozco a los usuales a esas fiestas, créeme.

—Será interesante conocerlos luego más de cerca.

—¿A los diplomáticos?

—No, a los compañeros de trabajo.

Elsa, que conocía bien la ciudad, la recorrió hasta dirigirse a un suburbio e introducirse en un garaje aparentemente abandonado cerca de la zona portuaria.

Pulsó un timbre en forma de contraseña y una puerta metálica se levantó para permitir la entrada del descapotable de fabricación norteamericana.

Vincent Hill descubrió de inmediato al capitán Hamter. Ahora no vestía de militar, pero seguía llevando las gafas oscuras que ocultaban sus pupilas.

Había otros dos hombres también. Uno de ellos era negro y ambos estaban sucios de grasa.

—Capitán, el uniforme parece que le sienta mejor que el traje civil —observó Vincent.

—Hay situaciones en las que no debe de usarse el uniforme aunque le sienta mejor a uno, señor Hill.

—Ustedes ya se conocen —dijo Elsa— y aquí están Donovan y Marcus —agregó señalando al blanco y al negro, respectivamente.

—Marcus, a usted le conozco de Chicago, ¿verdad?

El negro, un auténtico gigante, sonrió mostrando su dentadura blanca y fuerte.

—Sí.

—¿Boxeador?

—Sí, pero la organización se metió conmigo y antes de que me eliminaran totalmente opté por enrolarme en los Boinas Verdes.

—¿Cuánto tiempo en Vietnam?

—Tres años.

Vincent dio una ojeada a los dos camiones que había dentro del garaje y preguntó:

—¿Especialista en vehículos todo terreno?

—Sí, fui sargento.

—Será bueno tener cerca a quien sea capaz de mantener siempre en perfecto estado a los camiones.

—Sí, y con la ayuda de Donovan mejor aún. Es un mecánico muy experto, conoce hasta los motores de aviación, pero no le conviene regresar a Estados Unidos. ¿Verdad, Donovan?

—¿Por qué le busca la policía norteamericana, Donovan?

—Hongos alucinógenos, los del tipo «Derrumbe». Tenía una avioneta deportiva que los cargaba.

—¿En México?

—No, en este país existen buenas plantaciones de estupefacientes de tipo micológico y también hay para sacar mucha cocaína. En fin, los del FBI tienen mi *curriculum vitae* y me ha convenido quedarme en Cumarú ya que pude escapar a tiempo de que me echaran el guante, claro que perdí la avioneta y su cargamento.

—¿Qué ocurre, capitán Hamter?

—¿Sobre qué? —preguntó Hamter encarando sus oscuras gafas con Vincent.

—Pues, con esas plantaciones de hongos alucinógenos y hojas de coca.

—En nuestro país no están prohibidas ciertas plantaciones. Si hay particulares que desean enriquecerse con ellas es asunto suyo. El Gobierno no se inmiscuye en su moral.

—Supongo que los plantadores de productos alucinógenos serán muy generosos con quienes convenga.

—¿Qué trata de insinuar, señor Hill?

—Lo que usted ya debe de saber sobradamente pero, veamos, ¿son esos los vehículos?

Donovan se encaró con los camiones, mostrándolos orgulloso.

—En apariencia son pequeños, pero sus motores son perfectos y de alta potencia. Además de su propia carrocería, cada uno de ellos puede cargar con veinte toneladas.

Marcus, el negro experto en junglas y vehículos militares todo terreno, puntualizó:

—Tienen articulación en el centro de la carrocería para lugares muy difíciles y aunque solo poseen dos ejes, llevan ocho ruedas de dibujo gigante que pueden hacerse avanzar por el barro a menos que el camión se hunda en una ciénaga.

—Las carrocerías están blindadas bajo esta chapa superflua que les da aspecto de pequeños furgones de mudanzas —indicó Donovan.

—Entiendo. ¿Son vehículos de fabricación norteamericana?

Hamter fue quien señaló:

—No, son de fabricación soviética.

—Bien, esperemos que resulten.

—Los dos parecen iguales —indicó Elsa.

—No lo son —puntualizó el negro Marcus—. Uno está preparado para llevar una carga pesada y de poco volumen bajo el piso y sobre él está adaptado para asientos y literas. En cambio, el otro, dos tercios es totalmente vehículo cisterna.

—¿Para llevar el gas-oil que nos haga falta? —inquirió Hill.

Marcus asintió.

—Dos tercios llevarán carburante y el tercio restante, los víveres y algunas armas y municiones por si tenemos que defendernos de algún ataque, sean indios en estado salvaje o guerrilleros en rebeldía.

—Bien —aceptó Vincent—, parece que esto funciona.

—Lo principal es que no despertemos sospechas en ningún sector. Si alguien se interesa por los camiones que irán cerrados, la respuesta será que transportamos muebles a la casa de un rico plantador del interior del país.

—¿Formará alguien más parte de esta misión o estamos todos aquí?

Elsa objetó:

—El general no me ha hablado de nadie más. ¿Y a usted, capitán, que es su ayudante personal?

—Habrá dos hombres más que aparecerán en su momento oportuno...

—De acuerdo, capitán Hamter —aceptó Vincent—. Si los camiones están listos y revisados mecánicamente puede cargarlos ya con el combustible, los víveres, agua, un botiquín y ninguna botella de licor. No sé si alguien bebe, pero como el general me ha encargado esta misión, no quiero ver a nadie ebrio. ¿Entendido?

Vincent Hill estuvo seguro de que el capitán Hamter le observó con odio a través de sus gafas, pero su boca sonrió fríamente.

El norteamericano se dijo que iba a ser un mal compañero de viaje; no convenía darle la espalda.

CAPÍTULO IV

La fiesta en el palacete del embajador resultó exteriormente brillante, pero Vincent Hill, que no se dejaba deslumbrar con facilidad, captó que había cierta preocupación entre los diplomáticos. Algunos representantes del Gobierno de Cumarú hacían esfuerzos por sonreír pasando de un grupo a otro.

—¿Qué te parece la fiesta?

Elsa respondió a Vincent encogiéndose de hombros:

—No sé, noto algo raro que tensa el ambiente. Se diría que todos tratan de permanecer serenos y sonrientes junto a una caja de dinamita que puede estallar de un momento a otro.

—Es obvio que tienes experiencia diplomática, querida Elsa —dijo el hombre—. Todo lo que se pueda decir aquí es oficioso, simples rumores, pero podría deducir que el presidente Romera no es tan fuerte como él quiere dar a entender.

—¿Quieres profesionalizarte como diplomático o político?

—No, solo que intuyo ciertas evasivas de los países fuertes por ofrecer ayuda al general Romera y a su Gobierno.

—Tus palabras no resultarían muy agradables a los oídos del general y es un hombre algo duro con los obstáculos que se interponen en su camino.

—Me harás pensar que Cumarú es más una dictadura que una república.

—Lo sería si de veras controlara todas las fuerzas, pero el presidente Romera desconfía de algunos de sus ayudantes más próximos. Créeme, Vincent, vale más no meterse en esa clase de líos que los habitantes de esta nación deben de resolver por sí mismos.

Antes de que la fiesta fuera perdiendo brillantez, Vincent invitó a Elsa a salir de la misma.

—Si quieres podemos pasar por algún club nocturno donde podrás saborear el folklore de Cumarú.

El hombre aceptó y condujo su automóvil hasta un club muy escondido y que daba a la playa por su parte posterior. Incluso,

algunas mesas se repartían por la arena.

Una mulata hacía un número verdaderamente sensacional del folklore indígena.

Su figura resultaba muy exuberante y hermosa, pero algunos ojos masculinos se apartaron de ella para admirar la belleza rubia de Elsa Strode.

Se acomodaron en una mesa bastante escasa de luz. A una indicación de Vincent, el camarero les trajo una botella de champaña de auténtica importación francesa.

—Te va a costar una fortuna y todavía no has cobrado los cien mil dólares —observó la joven con desenfado.

—Brindaremos por un poquito de soledad, por tus felinos ojos verdes.

—¿Te parecen bonitos?

—¿Acaso esperas que confirme lo que tú ya sabes?

El camarero descorchó la botella y escancié el vino espumoso en las dos copas altas de boca estrecha.

—Vincent, me han encargado te comunique que mañana será el día.

—Bien, cuanto antes terminemos, mejor.

—Puede que esta sea la última noche que estemos juntos.

—Entonces, será mejor no desaprovecharla —propuso él.

—Tonto —ronroneó Elsa. Levantó su copa proponiendo el brindis —. Chin-chin.

—Chin-chin —aceptó y repitió Vincent.

Ambos bebieron parte del contenido de sus respectivas copas. Elsa terminó antes y luego dijo:

—Mañana me dará las instrucciones que deberé entregarte a mi vez. Todo parece listo.

—Será un paseo por la selva centroamericana, pero antes de emprender este viaje quisiera hacerte una pregunta.

—Dispara.

—¿Hasta qué punto confías en el presidente Romera?

—No te entiendo.

—Me explicaré mejor —tomó otro sorbo de la burbujeante champaña—. Yo quisiera saber hasta qué punto crees en la honradez del general Romera.

—¿Y a qué viene ahora esa pregunta, es que piensas echarte

atrás?

—No se trata de eso. A veces ocurren cosas desagradables y uno se ve involucrado en ellas sin habérselo propuesto.

—¿Insinúas que el general podría engañarnos?

—Quizá —admitió Vincent Hill.

—Pero ¿en qué forma? No conozco cuál va a ser todo el trabajo.

—¿La Operación Águila Viajera? —Vincent sonrió—. Mejor olvídalo. Estoy acostumbrado a tratar con muchos granujas y no suele fiarme de nadie, es como una enfermedad profesional. Por cierto, todavía no sé dónde te hospedas.

—En el mismo hotel que tú —respondió.

—Y yo sin enterarme. Debo de estar perdiendo facultades.

—Quizá es que estés muy preocupado.

—Podría ser. ¿Conoces lo que vamos a transportar a través de la selva?

—No. El general no me ha dicho nada al respecto.

—Te lo diré yo, cariño. Oro y esmeraldas.

—Lo suponía.

—El general temerá algún complot o que esta parte del tesoro nacional de Cumarú sea robado. Por lo visto no se fía ni de sus colaboradores, por ello no quiere embarcarlo en un avión normal ni en un barco. Sabe que tiene enemigos y por ello ha proyectado este plan secreto para trasladar el tesoro a un banco europeo donde los del FLN o cualquier otro que lo intente no puedan sacarlo.

—Quizá trata de asegurarse el poder de esta forma —observó la mujer.

—Sí, pero pienso que son muy pocos los presidentes derrocados que al escapar al extranjero se han encontrado con las manos vacías y sin un palacete donde vivir ricamente con piscina incluida.

—¿Insinúas que el general quiere utilizarte para robar el tesoro de la nación?

—Ese oro y esas gemas pueden haber sido robadas y lo que trata el general es de asegurar su protección definitiva en un banco europeo.

—Lo que dices es muy fuerte, Vincent.

—Lo sé, pero me gustaría saber si el general Romera solo piensa en él o si de veras se preocupa del pueblo de Cumarú. Ignoro el valor de la carga que debo de transportar a Europa, pero deduzco

que será elevado y precisamente el hombre medio de este país no está sobrado de dinero. Si el general intenta llevarse el oro las esmeraldas para sí, sería bastante doloroso para los demás.

—¿No estás seguro de la decisión que vas a tomar? —inquirió preocupada.

—Seguiré adelante, lo que no sé es cómo terminará este asunto.

Mientras, en la pista, un conjunto de chicas que cantaban y danzaban a un tiempo había sustituido a la mulata que actuaba en solitario.

Transcurrieron los minutos y Vincent Hill observó con naturalidad:

—Hay un tipo que no nos quita el ojo de encima.

—¿Dónde?

—A la derecha, un poco más cerca de la playa, pero no mires.

—¿Crees que nos vigilan?

—Podría ser. El general va a exponerse mucho poniendo en mis manos su tesoro aunque no me deje solo con él.

—Mientras no sea un miembro del FLN... Esos guerrilleros son muy drásticos.

—¿Temes que sospechen algo?

Ella encogió levemente sus desnudos y redondeados hombros.

—No lo sé —contestó—, pero están en todas partes. Si ellos pudieran apoderarse de un tesoro como el que has mencionado, se harían fuertes y podrían combatir al general.

—Yo no soy político, pero a todos los guerrilleros que practican la subversión en sus respectivos países no les asiste la razón. En fin, será preferible marchar al hotel. Resultará agradable una mayor soledad a tu lado.

Con el rabillo del ojo, Vincent observó que el tipo que les vigilaba había abandonado su mesa.

Salieron a la puerta del club nocturno.

El coche blanco de Elsa quedaba junto a la acera, algo alejado junto a un callejón marineró.

Elsa notó la presión en su brazo ejercida por la mano del hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

—Tenemos a varios sujetos cerca del auto. Me temo que van de pesca y que los atunes somos nosotros.

—Yo no veo a nadie.

—Hay que estar muy acostumbrado para descubrirlos. ¿No ves un pequeño brillo junto a la pared?

Elsa forzó sus felinos ojos.

—Es cierto, pero está muy oscuro y no se ve a ningún hombre, menos a esta distancia.

—Es un reloj fosforescente. Hay muchos individuos que cometen la estupidez de dejar su esfera luminosa al descubierto y se delatan sin darse cuenta. La fosforescencia de los guarismos y saetas de un reloj, el brillo de un anillo al reverberar alguna luz aunque sea débil, un cigarrillo oculto en el interior de la mano que deja escapar su luz a través de los dedos, los faros de un coche que pueden iluminar una camisa blanca, unos ojos que vigilan. Sería largo de contar, pero tu coche se ha convertido en un cepo para nosotros, estoy seguro.

—¿Temes que pretendan secuestrarnos o quizá asesinarnos?

Vincent sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo colocó entre los labios. De pronto, se giró quedando sorprendentemente para Elsa frente al hombre que al parecer les vigilaba.

—¿Me da fuego, por favor? —pidió Vincent.

El desconocido que les había estado siguiendo quedó desconcertado y actuó automáticamente.

—Sí.

Sacó su encendedor para prender el pitillo del norteamericano que se inclinó ligeramente hacia él.

Vincent estiró su diestra por debajo de las manos de aquel centroamericano y antes de que este pudiera notarlo, le introdujo la mano en la sobaquera quitándole una pistola que allí llevaba oculta. Encañonó de inmediato al latinoamericano que agrandó los ojos aún más desconcertado que antes.

—Una «P-38», buena pistola, amigo, y si no quieres que te emplome las tripas, cosa que haría muy mal, ya que no soy fontanero, camina.

—No, no dispaes —suplicó el cincuentón, bastante calvo y grueso.

—No me obligues y no lo haré. Ahora, anda pero hacia la izquierda. Al parecer, tus amigos nos aguardan junto al coche y no tengo deseos de que me los presentes, de modo que camina rápido.

El iberoamericano comenzó a sudar y a tragar saliva con

dificultad.

Elsa, sorprendida también, se acercó mucho a Vincent para no quedarse atrás. Volvió la cara y observó a cuatro sombras que brotaban de la oscuridad tratando de seguirles.

—Vamos, corre por el callejón —ordenó Vincent.

—Déjame escapar, te lo suplico, ellos dispararán.

—De modo que queréis asesinarlos, ¿eh? Bueno, pues animaremos la fiesta.

Sin ningún deseo de acertar a nadie, Vincent hizo un par de disparos hacia atrás.

Los cuatro hombres que les seguían se dispersaron de inmediato temiendo ser alcanzados por las balas. Replicaron rápidamente, pero la pareja y su prisionero ya doblaban por el callejón que conducía a la playa.

Vincent empujó al hombre hacia un grupo de barcas varadas en la arena.

—Al suelo, Elsa.

Entre dos embarcaciones, Vincent aplastó contra la arena al latinoamericano y le colocó el cañón de su propia pistola debajo de la barbilla, un cañón ya caliente por los primeros disparos.

—¿Quiénes sois?

El hombre tragó saliva pero no respondió.

—No lo repetiré. Te pego un tiro y luego arrojo la pistola al agua y se acabó todo.

—FLN —tartajeó.

—¿Y por qué querían asesinarlos? —preguntó Elsa agachada, temiendo que de un instante a otro aparecieran sobre ellos sus perseguidores.

—Vosotros ayudáis al general Romera y el general es un asesino.

—No menos que vosotros —gruñó Vincent.

—Nosotros no ayudamos a asesinos —rectificó Elsa.

—Habéis ido a las maniobras y si os han dejado pasar es que tenéis importancia para el general —siguió balbuciendo el prisionero, muerto de miedo.

—Matando no resolveréis los problemas de vuestro país.

—El general Romera nos obliga a ello. A vosotros solo queríamos capturaros para que nos dijerais cuáles son los planes del general. Hay que saberlo todo sobre ese canalla que pasa por buen

republicano a los ojos del mundo internacional, pero los barcos de trigo, carne y otras ayudas se los ha vendido en alta mar. Sin tocar puerto se han ido a otros lugares de destino. ¿Y quién se ha quedado el producto de la venta? El general Romera y sus secuaces. Se ha vendido la comida del hambriento pueblo de Cumarú.

—Esa es una cosa bastante fea —admitió Vincent—, pero falta probarla. De todos modos os sugiero que arregléis vuestros pleitos sin mezclar a los extranjeros. Pensad en líderes pacíficos, pero inteligentes y activos. No os pongáis en manos de belicosos. Gonzálvez sí puede llevaros adelante, aunque no sé por qué me meto a dar consejos.

—Vincent, los tipos salen del callejón.

—Bien, tú vas a dormir y cuando despiertes repite a tus compinches lo que te he dicho. Añade que nosotros no ayudamos a que el pueblo de Cumarú pase hambre.

Con la culata de la pistola, Vincent golpeó la barbilla del hombre con la debida precisión para dejarle dormido un buen rato.

—Ahora, ¿qué haremos? Pueden matarnos, no traen muy buenas intenciones.

—La policía no tardará en acudir, los disparos habrán provocado la alarma —observó Vincent— y al general no va a gustarle que la policía nos arreste pensando que somos delincuentes. No le interesa que nos metamos en líos.

—Pero no podemos escapar de aquí. Están delante de nosotros, buscándonos. Si van con sigilo es porque temen que dispires otra vez y la policía no tardará en llegar.

—Tengo un plan.

—¿Cuál?

—¿Qué tal nadas?

—Bastante bien.

—Entonces, reptaremos entre las barcas varadas y nos iremos a dar un baño mientras la policía resuelve esta situación. Luego, cuando se hayan ido, regresaremos a por nuestras ropas.

—Bien, Vincent. No me gustaría nada que los del FLN nos secuestraran. Se cuentan muchas historias de tortura y, la verdad, antes prefiero que me devore un tiburón.

Empezaron a deslizarse hacia el agua. No obstante, Vincent no soltaba la pistola y al ver que uno de los revolucionarios de Cumarú

se acercaba demasiado, le disparó a la pierna arrancándole un aullido de dolor. Le derribó sin matarle.

—Vamos, Elsa, date prisa.

Corrieron agachados, amparándose en las barcas.

—Cuando estemos cerca del agua, corre en zigzag como si evitaras pisar piedras candentes —advirtió Hill.

—Tengo miedo, Vincent.

—No temas, yo te cubriré, pero cuando estés en el agua nada rápido alejándote de la playa. Si oyes tiros zambúllete.

Elsa gateó delante del hombre, pero cuando encontró el espacio libre, se lanzó como un rayo hacia las olas, sumergiéndose en ellas.

Vincent disparó la pistola hasta agotar el cargador. Luego, se lanzó al agua nadando en dirección a la joven. No dejó caer la pistola hasta estar seguro de que se perdería en el océano.

Desde la playa hicieron varios disparos sobre ellos cuando se escuchaba cada vez más cercana la sirena de la policía. De pronto, las detonaciones cesaron.

Elsa y Vincent siguieron nadando hacia el interior del mar. No se detuvieron hasta estar seguros de que no serían vistos desde la orilla.

Vincent braceó hacia la fémina y se detuvo junto al ella. La encontró jadeante.

—¿Cansada?

—Un poco.

—Mira, las luces de la ciudad ofrecen un lindo espectáculo.

—¿Nos encontrará la policía?

—Seguro que no, aunque por precaución deberemos de permanecer un rato en remojo. No nos interesa meternos en líos. Si el general quiere sacar el oro en provecho propio no iba a ayudarnos a salir de la cárcel precisamente.

—Bueno, pues permaneceremos en remojo. Aquí estamos a salvo siempre que no vengán tiburones.

A su alrededor, un océano oscuro. Sobre ellos, un techo negro punteado de estrellas y enfrente, la capital le Cumarú con sus luces y los faros de dos automóviles policiales escrutando la playa.

Pero en la playa cercana, salvo el miembro del FLN que dormía a causa del culatazo, ya no habría nadie.

CAPÍTULO V

Vincent Hill vio cómo Elsa Strode colgaba el auricular y dirigía sus ojos hacia él.

—¿Ocurre algo?

—Debemos de partir inmediatamente.

—¿Órdenes del general?

—Sí.

Vincent se acercó a la mujer.

—Parece que el general tiene prisa —comentó el hombre.

—Quizá se ha enterado del ataque de que fuimos objeto ayer por parte del FLN.

—Entonces, no le hagamos esperar.

Pocos minutos más tarde abandonaban el hotel en dirección al garaje abandonado.

Donovan, Marcus y el capitán Hamter les aguardaban.

—Nos están esperando. Será mejor que no perdamos tiempo —apremió el capitán Hamter.

—¿Tú te quedas? —preguntó Vincent a la muchacha.

—No, me han ordenado que vaya con vosotros.

—Bien, pues subamos al camión.

—Yo conduciré uno de los furgones —dijo Hamter—. Conozco el lugar de destino y Donovan puede guiar el otro junto a Marcus.

—De acuerdo —asintió Vincent Hill—. Elsa y yo iremos como viajeros en esta primera escala.

Los aparentemente pequeños camiones, pero en realidad poderosos transportes, abandonaron el garaje dejando dentro el «Chrysler» blanco de Elsa.

En el primero de los camiones no se viajaba mal, pero carente de ventanilla y con paredes de acero, el vehículo daba la impresión de ser una celda blindada.

Rodaron por espacio de una hora, saliendo de la ciudad e internándose un tanto en la próxima selva que luchaba contra el progreso perdiendo palmo a palmo su terreno no sin una lucha

feroz y víctimas causadas por fiebres y mordeduras de alimañas, arácnidos y reptiles.

El capitán Hamter detuvo el camión frente a la verja que cerraba un muro de ladrillo. Sobre él podía verse un cable y alambre de espinos. El cable debía de ser de alta tensión.

El capitán tocó el claxon de forma intermitente y un hombre armado con una metralleta portátil se acercó a la verja. Observó los camiones y se apresuró a franquear la puerta.

A través de la puerta interior del camión, Elsa y Vincent pasaron a la cabina del mismo y pudieron ver pasillo por el que se introducían.

Altas alambradas flanqueaban el corredor por el que el camión pasaba justo. Al otro lado de la valla, lo que debía de ser un jardín, no era más que parte de selva encerrada tras el muro, aislada del resto. Una familia de jaguares rugía ante la presencia de los vehículos.

—Deben de ser más eficaces que perros guardianes —opinó Vincent Hill.

Hamter dijo con sequedad:

—Sí, ellos no perdonan y no es fácil matarlos. Rodean toda la casa en un amplio sector. En el centro está la casita y carece de ventanas, solo tiene una puerta y no es fácil acercarse a ella. Todo este pasillo, único medio para llegar a la entrada, tiene polos positivos y negativos y está cruzado por rayos eléctricos. Cuando existe la menor señal de alarma, se pone en marcha el motor productor. Ni un tanque lograría cruzar esta barren electrónica, ya que recibiría la descarga como si se tratara de un rayo. Morirían los que se hallaran en su interior y posiblemente estallaría.

—Un banco o un polvorín no estarían mejor guardados.

Cuando llegaron frente a la puerta de la casa, el angosto corredor se ensanchaba entre alambradas para poder maniobrar.

No cabía duda de que aquella extraña casa más parecía un barracón, construido con ladrillo y de gran fealdad estética, rodeada de jaguares, selva y de un sistema electrónico de altísimo voltaje capaz de fundir la carrocería de un tanque de ser atrapado entre los polos positivo y negativo que podían verse a ambos lados del pasadizo en forma de brillantes bolas de metal, pequeñas como pelotas de tenis y que brotaban al extremo de pilones de hormigón.

El hombre que les abriera la verja se acercó a la entrada del barracón franqueando la puerta. Parecía de madera pintada, pero resultó acero de tres pulgadas. Vincent supuso que la pared de ladrillos también podía estar forrada en su parte interior por aquel acero capaz de resistir balazos de grueso calibre.

Donovan y Marcus descendieron de su camión y Vincent, Elsa y el capitán Hamter hicieron lo propio para penetrar en la casa de ladrillo. Dentro aguardaba el presidente Romera.

—Hola, general. Creí que no volveríamos a vernos hasta Europa —observó Vincent Hill mientras el capitán Hamter se cuadraba militarmente pese a ir vestido de paisano.

Detrás del presidente Romera había otro hombre, armado con un ametrallador provisto de petaca con sesenta balas.

—Ha llegado la hora de iniciar el viaje que para ustedes será un poco largo.

—¿Ha preparado ya su visita a Europa? —le preguntó Vincent.

—Sí y no puede fallarme. Confío totalmente en usted, ya que va a ser el jefe de la expedición.

El rostro del capitán Hamter se tensó.

—Trataré de no defraudarle, general.

—Hay que cargar el camión y para ello, antes hay que abrir la caja.

El general pulsó un botón que había dentro de una caja metálica en la pared.

Se levantó automáticamente parte del piso que era de madera. Unos tres metros cuadrados quedaron al descubierto y a tres o cuatro pulgadas de profundidad apareció la puerta de una caja fuerte colocada en posición horizontal.

El general introdujo dos llaves. Comenzó a girar las ruedas con guarismos y al final dejó la caja abierta. Tiró de ella abriéndola no sin esfuerzo.

—Ya se puede sacar el cargamento. Trátenlo con cuidado —ordenó.

Vincent dio una ojeada al interior de la caja fuerte. Allí había bastantes toneladas de oro en barras y también una docena de maletines, cuatro de ellos pequeños, del tipo portafolios y los dos restantes más grandes.

—Un tesoro muy apreciable, capaz de hacer sonreír a un

pequeño país —observó el norteamericano.

—Sí y hay que cuidarlo bien. Aquí hay un valor por muchos millones de dólares repartidos en oro puro, esmeraldas y divisas contenidas en los maletines.

—General, ¿no cree que el traslado de este tesoro perteneciente al Gobierno de la República hubiera sido mejor efectuarlo en forma algo más oficial? —preguntó Elsa.

El presidente sonrió antes de responder:

—No. Desgraciadamente, no sé de quién puedo fiarme. Hay oficiales rebeldes que podrían robar el tesoro. No, no me fío.

—También un aventurero podría robarlo —observó cáustico el capitán Hamter.

—Estoy seguro de que he escogido bien. Por los informes que poseo, sé que usted no va a fallarme, Hill, claro que irá acompañado del capitán Hamter, de Donovan, Marcus y dos hombres más de mi entera confianza que están aquí. Elsa Strode también participará en el viaje.

—¿Yo, general, y qué voy a hacer?

—Usted es mi asesora comercial. Formará parte de la vigilancia del tesoro y cuando este llegue a su destino se hará cargo de los trámites pertinentes con las entidades bancarias, ya que yo no dispondré de tiempo para ello. En el momento de nuestro reencuentro le entregaré poderes para hacerlo, señorita Strode. No creo que vaya a negar esta ayuda a Cumarú.

Algo incisiva, Elsa objetó:

—Creí que esta ayuda me la pedía usted particularmente, general.

—Sé la pide el Gobierno de la República. Yo debo de cuidar del Tesoro nacional en momentos peligrosos como los que estamos viviendo. Capitán Hamter, cuide de que sea cargado todo. Usted, señorita, pase ya al camión y usted, Hill, véngase afuera conmigo, hemos de hablar.

Vincent Hill dejó a los demás el trabajo pesado de carga y acompañó al presidente que debía de haber tomado muchas precauciones para llegar allí de incógnito. Por supuesto, no llevaba el uniforme de general.

Vestía de paisano y unas grandes gafas oscuras ocultaban sus ojos.

Caminaron cerca de la alambrada. Los jaguares se les acercaron rugiendo.

—Estos tigres americanos son muy feroces —comentó el general.

—Lo sé, parientes de los tigres y de los leopardos. Es un animal muy poderoso.

—Y sanguinario también —añadió el general Romera.

—Cualquiera diría que esto es una granja de jaguares para ser exportados luego a distintos parques zoológicos.

—Es usted agudo, Hill. En realidad, este lugar está registrado como granja al respecto.

—Buen camuflaje para el tesoro. ¿Es ese todo el oro, esmeraldas y divisas que posee la República de Cumarú.

—Por supuesto que no, hay más, pero hay que ir asegurando parte a parte. Muchos de los miembros de la ilegal agrupación de guerrilleros no pertenecen a nuestra nación. Es una plaga que se ha extendido por muchos países y si ellos consiguieran apoderarse del tesoro, Cumarú no volvería a verlo jamás posiblemente y cuesta mucho reunir un tesoro de esta cuantía.

—Lo creo, general, lo creo —aceptó Hill.

—Le he elegido a usted como jefe de la expedición porque el capitán Hamter es poco dúctil en según qué circunstancias. Es usted más aventurero y sabrá desenvolverse mejor en la selva, tomar decisiones que en según qué casos serán poco militares y más audaces y sabrá tratar mejor a hombres como Donovan y Marcus, ambos muy cualificados en los trabajos que deberán de realizar.

—Poca gente pero muy escogida. ¿Es ese su método, general?

—Sí. Un despliegue de fuerzas más aparatoso llama la atención. Además, muchas son las veces que en la prensa internacional se tergiversan ciertas decisiones que nos vemos obligados a tomar los jefes de estado.

—Ya podrían decir que no puede sacar el tesoro del país sin un voto mayoritario y afirmativo de su Senado.

—Quizá, pero a mí me gusta tomar decisiones por mí mismo. Son las que mejores resultados ofrecen a la larga. Ahora tome esto.

El general extrajo de su bolsillo un mapa sobre el que había trazado una línea roja.

—Es la ruta a seguir. En esta planicie, Guayacán, existió una ciudad precolombina, ahora solo son ruinas. En ella aguarda el

«B-29» listo para despegar. Tendrá que recurrir a toda su habilidad para conseguir despegar. El terreno no será precisamente una pista de asfalto o cemento.

—Conozco bien esos cuatrimotores, general.

—Bien, el aparato llevará la enseña de la Cruz Roja Internacional, eso le abrirá paso. Deberá de comunicar a todos los aeropuertos de control internacional que transporta medicamentos para ayuda al Pakistán, pero su vuelo terminará en el aeropuerto de Zúrich el día treinta a las doce horas. Deberá arreglárselas para que así ocurra.

—Bien. Haré una escala técnica en París y allí calcularé los horarios para que las doce de la mañana sea la hora de llegada a Zúrich.

—Sé que lo conseguirá.

—Cien mil dólares son un buen incentivo para lograrlo.

—Hill, la codicia puede hacer estragos en los hombres. Un tesoro como este puede volver locos a muchos y usted deberá de impedir cualquier tontería.

—¿Teme que alguien del grupo trate de apoderarse del tesoro?

—Pueden intentarlo, claro que al cruzar la frontera del país vecino sería apresado de inmediato, yo me encargaría de ello. Entre los dos países hermanos existe convenio de extradición.

—Lo tiene todo calculado.

—Naturalmente, es mucho lo que arriesgo. Además solo usted y Donovan son capaces de levantar el vuelo con el «B-29». Lo que quiero decirle es que si alguien se pone pesado lo elimine sin más explicaciones.

—Es un poco drástica su sugerencia, general.

—Mátelo, porque lo mismo pueden hacer con usted aunque he seleccionado cuidadosamente a los miembros de esta misión, siempre pueden surgir sorpresas desagradables.

—Eso es cierto, general, pero creo que usted nos ha hecho investigar a todos por separado y ha sopesado incluso nuestros caracteres para formar un equilibrio.

—¿Usted cree? —preguntó con mal disimulada satisfacción.

—Usted sabe que el capitán Hamter y yo jamás podríamos congeniar. Siempre desconfiaremos mutuamente y por si faltara poco, pone entre los dos a una mujer hermosa e inteligente que nos

gusta a ambos.

—Va muy lejos, Hill.

—Donovan y Marcus, aunque trabajen juntos, en el fondo también se matarían de hallarse solos en medio de la selva. Lo que ignoro es qué carácter tienen los soldados que van a acompañarnos.

—Ya lo irá averiguando por el camino, Hill, pero le seguro que no son dos hombres vulgares. Ellos tienen perfecto conocimiento de la selva centroamericana y saben los dialectos necesarios por si se tropiezan con indios y han de entenderse con ellos.

—Será una buena ayuda. Por cierto, ¿destruirá ahora este escondite o seguirá utilizándolo?

—Depende de cómo termine el viaje. Haré venir a alguien para que siga alimentando a los jaguares.

Vincent dio una rápida ojeada al mapa y preguntó:

—¿Es imprescindible seguir esta ruta?

—Lo es y si se apartan de ella, por poco que sea, tendré inmediato conocimiento de ello.

Vincent se preguntó si lo que acababa de decir el general en tono de advertencia sería una bravata o una realidad. ¿Tendría efectivamente observadores camuflados a lo largo de aquella dilatada ruta que debían de seguir a través de la intrincada selva?

—Bien, general, no nos apartaremos de ella.

—Mi general, el camión está cargado —indicó el capitán Hamter que había participado en la carga junto con los demás.

—En ese caso, ocupen sus puestos para la marcha.

—Sí —asintió Vincent Hill—. Capitán Hamter, tome el mando del camión de aprovisionamiento junto con Donovan. Los demás viajarán en el interior del camión que conduciré yo mismo.

—Es que... —trató de protestar el capitán.

—Capitán, obedezca al señor Hill. Él conoce la ruta que debe de seguirse y todos quedan advertidos de que si alguien ofrece dificultades, será eliminado sin contemplaciones. Esta operación es demasiado importante para tolerar tropiezos y les he elegido a todos ustedes para que nada falle.

A regañadientes, Hamter se dirigió al camión de las provisiones.

Vincent Hill maniobró con el camión enfilando hacia el pasillo. Por el espejo retrovisor vio al general que se quedaba solo en la puerta del barracón de ladrillos mientras los jaguares rugían

asustados por el ronquido de los motores.

—Esperemos que el viaje sea un éxito —suspiró Elsa sentada junto a Vincent frente a los cristales parabrisas—. Jamás había visto un tesoro semejante. Vamos sentados sobre una auténtica fortuna.

CAPÍTULO VI

Al llegar el mediodía, se habían internado ya mucho en la intrincada jungla. El camino podía seguirse con cierta facilidad, pues la ruta había sido espolvoreada con arsénico y se observaba en ella la carencia de vegetación. Los camiones rozaban con sus costados las altas y verdes hojas de la enmarañada selva.

Comieron y Vincent ordenó a Donovan, Marcus y a los dos soldados que durmieran en su camión, ya que tenían literas adecuadas.

—No será fácil que me duerma ahora —objetó el negro.

Donovan dijo:

—Hay somníferos en el botiquín.

—Pues tomadlos. Cuando llegue la noche nos relevaréis y seguiremos la ruta sin detenernos.

El capitán Hamter, junto al cual se agrupaban los dos soldados iberoamericanos, preguntó:

—¿No quiere que vivaqueemos en la selva?

—Pueden surgir demasiadas complicaciones en un campamento nocturno dentro de la selva, desde la picadura de una araña letífera al ataque de algunos aborígenes. También es posible que los del FLN se hayan enterado de nuestra marcha y es mejor poner mucha tierra de por medio. Eso lo conseguiremos rodando sin parar. Durante la noche conducirán Marcus y Donovan respectivamente y los dos soldados les acompañarán en las distintas cabinas. Nosotros tres dormiremos y les relevaremos al amanecer.

Cuando llegó la noche, tras una cena frugal a base de conservas, recargaron los depósitos de carburante de los vehículos.

Vincent trazó un mapa con las doscientas millas que deseaba recorrer durante la noche. Lo entregó a Marcus ordenándole que tomara el volante del camión del tesoro. Donovan se hizo cargo del de los suministros.

Hamter se tendió en su litera y observó en voz alta:

—Si continuamos a esta endiablada velocidad que ha marcado,

llegaremos demasiado pronto a nuestro destino, Vincent.

—Es mejor llegar antes que después —cortó Vincent observando a Elsa Strode que, fatigada, se estiraba en la litera más próxima a la cabina de conducción.

—¿Se cura en salud por si sufrimos alguna demora? —preguntó Hamter con sarcasmo.

—Sería muy posible que eso ocurriera, capitán, y usted lo sabe. Un terreno fangoso nos puede retrasar y todo lo que ganemos con anterioridad nivelará el tiempo de ruta.

No resultaba fácil conciliar el sueño con tanto bache.

Los amortiguadores del transporte resultaban algo duros.

Ninguno de los tres cerró los ojos. Una pequeña luz piloto brillaba junto a la puerta que les comunicaba con la cabina.

Vincent encendió un cigarrillo y se lo pasó a Elsa que estaba despierta. La joven lo tomó en silencio y se lo llevó a la boca. Vincent prendió otro para sí.

Hamter, más cerca de la puerta, frotaba su «Luger» con un paño; mimaba su automática.

Transcurrieron las horas.

Los faros de los dos transportes taladraban la oscuridad, filtrándose entre el denso follaje negro por la noche.

De pronto, el transporte que iba en cabeza, el del tesoro, se detuvo sin detener su motor, con un ruido típico que Vincent identificó al instante.

—Estamos en una ciénaga, las ruedas resbalan.

—Habrá que ayudar —observó el capitán Hamter.

Elsa se incorporó en su litera.

—¿Puedo hacer algo?

—No —cortó Vincent—. Quédate en la litera. Nosotros echaremos mano de los machetes y lo sacaremos. Si el camión no se ha salido de la ruta, la ciénaga no puede ser muy profunda.

Vincent y Hamter calzaron sus botas de goma que les llegaban hasta las rodillas, introduciendo las perneras de los pantalones por el interior de las mismas.

Cuando abrieron la puerta posterior, sus rostros quedaron iluminados de lleno por los faros del camión de suministros.

Donovan estaba observándolos. Vincent gritó:

—¡Marcus, cierra el motor, nos estás salpicando de fango!

El barro era abundante. A Vincent le llegó cuatro o cinco pulgadas por encima del tobillo. Resultaba dificultoso moverse.

—Donovan, despierta a los dos soldados —ordenó Hamter.

Vincent tenía una canana con revólver ceñida a la cintura y manejaba un largo y afilado machete con el que comenzó a cortar arbustos cercanos.

—Maldita sea, estas plantas son endebles —gruñó Hamter.

—Sí, son juncos, espadañas, verracos, plantas de mucha agua. Hay que escoger las más gruesas para ofrecer un cojín a las ruedas del transporte sobre el que puedan avanzar. Esperemos que el trecho de esta ciénaga no sea muy grande.

Los dos latinoamericanos aparecieron con sendos machetes. Se habían colocado las metralletas a la espalda y con los machetes comenzaron también a acumular cañas, arbustos, todo lo que pudiera servir para que las ruedas hallaran un punto donde agarrarse y seguir adelante.

—Hay que ir con cuidado. Fuera del camino, la ciénaga puede ser peligrosa —advirtió Vincent cuando Hamter, nervioso, comenzó a aferrarse a las plantas que tenía cerca de sí. Se iba hundiendo lentamente en el barro, a pocos pasos del camión.

Vincent captó la difícil situación del capitán y se percató de que este no deseaba pedir ayuda a menos que el peligro fuera letal.

Hamter veía romperse o doblarse hacia él los tallos de las espadañas a los que sus dedos se aferraban. El barro le llegaba por encima de la rodilla.

Vincent, sin esperar más, se le acercó con una caña recién cortada y mirándole dijo:

—Supongo, Hamter, que su padre fue nazi.

—Al diablo mi padre y lo que piense usted, Vincent. ¿No ve que estoy en dificultades? Ayúdeme a salir.

—Menos mal, creí que no iba a vomitar su miedo.

Le tendió la caña y Hamter se agarró a ella con fuerza.

Elsa Strode, que se hallaba en la puerta del camión, vio cómo Vincent resbalaba ligeramente hacia el capitán que tiraba fuertemente de la caña.

Su cuerpo fue rescatado del mortífero barro que les rodeaba. Solo el camino era zona segura, solo él tenía un suelo fuerte a algo más de un palmo bajo el fango.

En derredor había una trampa mortal, árboles fantasmales en la oscuridad y que también resultaban letales, porque llegar hasta ellos podía significar la muerte.

La ciénaga cedía bajo los pies humanos en muchos lugares, solo algún animal selvático sería capaz de descubrir los pasos seguros y los que no lo eran.

En lo alto de los árboles que durante el día impedían ver el sol, pájaros nocturnos graznaban de forma desgarradora.

Un mico, posiblemente apresado en una gigantesca tela de araña, chillaba histérico, rabioso ante la araña que avanzaba hacia él para inculcarle su veneno sin posibilidad alguna de poder escapar a la pegajosa tela que se había interpuesto entre árbol y árbol, atrapándole en uno de sus saltos.

Hamter fue saliendo del barro entre maldiciones. Suspiró de alivio al notar que sus botas ya pisaban algo más sólido y menos absorbente que el lodo en el que cayera.

—¿Cortamos más? —preguntó uno de los soldados.

Debajo de las ruedas, tanto delanteras como posteriores, ya que la tracción era doble, habían acumulado muchos arbustos y cañas, hojas en gran cantidad. Los machetes habían trabajado rápidos y con brío. Aquellos hombres sabían manejarlos.

—No, se puede intentar ya. ¡Marcus, dale al motor!

—Entendido —respondió el gigante negro, experimentado en las selvas vietnamitas.

De pronto, por encima de la cabeza de Vincent Hill, silbó una lanza que fue a clavarse en la boca del estómago de uno de los dos soldados.

—¡Nos atacan! —gritó Vincent.

Hamter desenfundó su pistola para disparar en la oscuridad sobre un enemigo que no veía, un enemigo oculto entre los árboles, quizá sobre sus gruesas ramas, escapando al absorbente pantano.

Vincent arrebató la metralleta al soldado muerto y disparó su ráfaga en la dirección que viera venir la lanza.

Dos cuerpos cayeron de los árboles. Uno de ellos intentó saltar para huir, pero se dio de bruces en el lodazal que comenzó a engullirlo.

—Son indígenas. Al camión, vamos. ¡Marcus, adelante!

El otro soldado disparó también ráfagas de metralleta contra los

árboles mientras nuevas lanzas buscaban sus cuerpos.

Marcus puso la primera hundiendo el pie en el acelerador. El camión resbaló de nuevo sobre el fango.

—Maldita sea, no va a ponerse en marcha —gruñó el capitán Hamter, lleno de barro y disparando a ciegas sobre los árboles.

Vincent vació toda la petaca de la metralleta que luego arrojó al interior del camión de Marcus cuando las ruedas de este, absorbiendo lodo, tiraron de la maleza acumulada frente a los tacos de caucho. Se agarró y salió del atolladero en medio de un fuerte rugido.

—Toca el claxon, Marcus, eso asustará a esos seres primitivos.

Los camiones, como verdaderas y gigantescas fieras, hicieron sonar largamente sus bocinas como un gran alarido que retumbó en la selva, ahogando los chillidos del mico que ya había iniciado su agonía mientras la traidora araña posaba sus cuatro pares de patas sobre su pelaje, triunfante y poderosa.

Donovan sabía que podía quedar atascado y rodeado por los aborígenes.

No podía vacilar y tuvo que pasar sobre el cuerpo del soldado muerto por el lanzazo que le ayudó en parte a superar el bache del barro.

Pronto, ambos vehículos se alejaron del traidor lodazal que había quedado teñido en sangre.

CAPÍTULO VII

Vincent Hill conducía ahora el camión del tesoro y Hamter el de suministro.

Durante la noche habían notado el paso de un avión por encima de sus cabezas, bastante bajo. El vuelo se repitió y Vincent comprendió que el general les hacía vigilar. Le extrañó que diera toda la ruta marcada a un piloto y se dijo que había algo que averiguar. Se dispuso a hacerlo en el descanso del mediodía.

—Estos camiones ruedan bien —opinó el gigante Marcus—. Salvo la ciénaga, ningún obstáculo por ahora y no hemos rodado sobre buen asfalto precisamente.

Nadie le dijo nada. El soldado que había perdido a su compañero se mostraba huraño.

Vincent vio a Elsa Strode tendida en la litera, agobiada por el cansancio y el calor. Llevaba una camisa y unos *shorts* blancos que formaban parte de los suministros masculinos, ya que ella no había previsto aquel viaje.

Sudaba por todos sus poros y para escapar a los tenaces mosquitos había esparcido aerosol insecticida dentro del camión.

Vincent fue alzando las literas salvo la de la joven. Después, levantó dos de las planchas que formaban el piso del camión bajo el que se ocultaba el pesado tesoro. De no tener el motor tanta potencia, no habría podido moverse de sitio, ya que en lingotes habría unas dieciséis toneladas.

El oro brilló ante sus ojos.

Elsa le miró desconcertada.

—¿Qué vas a hacer, Vincent? —le preguntó.

—Buscar algo importante.

—¿Qué pretende, Vincent, sisar en el cargamento?

Vincent se volvió hacia Hamter. Este le apuntaba con su «Luger».

—No sea imbécil y deje de encañonarme, Hamter. Busco algo que me interesa.

—El oro nos interesa a todos —observó con sarcasmo—. ¿O quizá

busca las esmeraldas? También podrían ser las divisas que hay en las maletas más grandes.

—Hamter, deje de apuntarme con su pistola.

—¿Le pone nervioso? —inquirió mordaz.

—Me molesta.

—Vamos, Vincent, afuera. Esto no es una broma, le estoy encañonando en serio y si me obliga dispararé contra usted.

—¡Capitán! —exclamó Elsa enfurecida—. Vincent no estaba robando como usted pretende.

—A mí me ha parecido que sí. ¿Por qué, si no, ha levantado el piso del camión para buscar en el tesoro?

—Soy el jefe de la expedición, capitán Hamter, usted lo sabe y un jefe no tiene que dar explicaciones a nadie respecto a lo que hace.

—Considero que iba a robar.

Marcus, Donovan y el soldado se los quedaron mirando en silencio, recelosos, sin saber qué partido tomar.

—¿Qué pretende, Hamter, constituirse en jefe de la expedición o acaso piensa ser usted quien robe el cargamento? —inquirió Vincent, agresivo.

Hamter reaccionó como Vincent esperaba. Quiso golpearlo con la zurda mientras le encañonaba con la derecha.

Vincent le apartó con una mano mientras, medio sentado sobre la parte posterior del camión, le lanzaba un certero puntapié a la muñeca armada, haciendo volar la «Luger» por el aire. Saltó luego como un felino sobre Hamter, iniciándose una pelea entre los dos hombres.

—¡Vamos, sepárenlos, sepárenlos, se van a matar! —gritó Elsa, angustiada.

Donovan y Marcus permanecieron quietos, sin actuar. Quiso hacerlo el soldado, pero los dos norteamericanos se lo impidieron.

Mientras Hamter y Vincent rodaban por el suelo, golpeándose, Elsa comprendió que aquellos dos hombres comenzaban a intuir una posibilidad de quedarse con todo el tesoro.

Saltó de la caja del camión para recoger la pistola que había caído al suelo, pero cuando se inclinaba sobre el arma, de entre las abundantes hierbas, saltó una pequeña pero traidora serpiente que la mordió, taladrando con sus colmillos la tela de la camisa.

—¡Agh! —gritó Elsa Strode de miedo y dolor, tambaleándose.

A Vincent no se le escapó el grito y se volvió de inmediato hacia la joven.

—¿Qué te ocurre?

—Me ha mordido una...

Las rodillas se le doblaron mientras se llevaba ambas manos sobre la herida.

Como si de un jaguar se tratara, Vincent Hill saltó sobre la fémina. Desnudó rápidamente su pequeña pero bien afilada navaja y se dispuso a intervenir, inmediatamente, sin esperar, cortó la sedosa piel femenina sobre la mordedura del reptil.

Una vez efectuado el corte, olvidándose de Hamter, del tesoro y de todo, pegó sus labios a la herida y succionó con fuerza. Se llenó la boca de sangre, la escupió al suelo y absorbió nuevamente, volviendo a escupir la sangre envenenada que había extraído.

Respiró hondo, pues había estado succionando con mucha rapidez. Elsa le miraba con los ojos turbios, sin embargo parecía reaccionar favorablemente.

—Hay que inyectarle un suero polivalente antirreptiles, pues no sabemos qué tipo de serpiente la ha mordido.

—Busque usted mismo en el botiquín, Vincent, pero antes será mejor que se quede sin revólver.

Algo desconcertado, Vincent observó a Donovan que le encañonaba con una pistola mientras Marcus apuntaba con la metralleta al propio soldado y a Hamter que se hallaban con las manos en alto.

Todo había ocurrido con inusitada rapidez mientras trataba de salvar la vida de Elsa.

—Donovan, estás haciendo una tontería —gruñó Vincent.

—La tontería la cometeríamos si dejásemos escapar una oportunidad como esta. Jamás se le presentará a nadie una ocasión semejante de apoderarse del tesoro de un Gobierno. Ah, y le recomiendo que inyecte pronto a la chica el antídoto polivalente.

Vincent lanzó una mirada a Hamter. Su actitud le había llevado a aquella situación rápidamente aprovechada por Donovan y Marcus.

Desarmado y encañonado por Donovan, fue en busca del botiquín. Elsa yacía en el suelo medio inconsciente.

Regresó con el botiquín cuando una ráfaga de metralleta hizo enmudecer por unos instantes a los papagayos que luego chillaron

en tono de protesta mientras un guaco salvaje emitía largos y estridentes gritos.

Vincent abrió el botiquín.

Tomó una jeringuilla ya inmersa en un frasco de alcohol que la conservaba aséptica. Luego, buscó la ampolla de antídoto polivalente contra reptiles, suero indispensable en un viaje por la selva centroamericana.

Sorbió su contenido con el émbolo y con la fina aguja pinchó después el brazo de Elsa Strode.

Cuando Vincent Hill, ansioso por salvar la vida de la mujer, apartó su mirada de ella, descubrió al soldado hispanoamericano tendido en el suelo, muerto.

Hamter observaba asustado a Marcus que lo encañonaba con la metralleta ya caliente por la primera ráfaga de disparos.

—¡No me matéis, puedo seros útil!

—¿Útil, para qué? —preguntó el negro.

—Tengo amistades en Europa, en Suiza concretamente —se apresuró a balbucir Hamter.

La saliva se le secó con rapidez ante la muerte que veía en la sonrisa del negro mientras Donovan no dejaba de apuntar a Vincent Hill con su pistola.

—Ahora hay que esperar a que reaccione.

Donovan, dirigiéndose a Marcus, gruñó:

—Mátalo de una vez. Él te liquidaría a ti sin contemplaciones en la misma situación.

—No, Donovan, aguarda. A Estados Unidos no podemos volver. A ti te busca el FBI y a mí la MP porque soy un desertor del ejército aunque muchos lo ignoran. Si este tipo tiene amistades podríamos adoptar otra nacionalidad.

—¿Por ejemplo? —preguntó Donovan, agrio.

—Súbditos de Cumarú. En la Embajada de Cumarú, en Suiza, puede arreglarse esto con facilidad, ¿verdad, capitán?

Hamter se apresuró a asentir.

—Sí, sí, claro, en la Embajada de Suiza o en cualquier parte.

—Bien, átalos para que no estorbe. Si nos proporciona buenos pasaportes salvará el pellejo y si no...

—Parece que a mí me queréis vivo —observó Vincent Hill mirando a los dos hombres que se habían adueñado de la situación

asesinando al soldado.

—Usted debe de llevar el avión y un «B-29» no es fácil de pilotar. Además, al general habrá abierto paso franco para su aparato, de lo contrario sería intervenido en el aeropuerto donde tomara tierra. Usted nos ayudará a llevar el oro a Suiza, Vincent.

—Y la chica vendrá con nosotros —puntualizó Hill.

—Sí, ya me he figurado que se pondría tonto si le ocurriera algo a ella, por eso le he dejado coger el botiquín, aunque ahora debe de confiar en la suerte para ver si sale o no del atolladero. Hay mordeduras que son fulminantes.

Vincent cerró de nuevo el botiquín sin dejar de observar a Elsa Strode que mantenía los párpados cerrados y las mejillas enrojecidas.

El suero estaba ejerciendo su rápido efecto para contrarrestar la pequeña cantidad de veneno que Vincent no hubiera podido succionar a tiempo.

—Con este tesoro podemos ser todos ricos —dijo Hamter mientras permanecía en el suelo boca abajo, con las manos a la espalda para que se las ataran, operación que estaba realizando el desertor negro.

—Pórtese bien y salvará la piel cuando menos. Ya ve, Donovan opinaba que podía quedarse aquí muerto. Mañana, con las alimañas que hay, solo sería un montón de huesos.

—Yo os puedo ayudar mucho, el general no se atreverá a contradecirme. Sé que él ha robado este tesoro al Gobierno de Cumarú para esconderlo en Suiza por si era derrocado y tenía que salir huyendo.

—¿Usted sabía eso? —inquirió con gravedad el propio Vincent Hill.

—Sí, en realidad solo confiaba en mí. Yo he sido quien ha ido trasladando el tesoro que él robaba al escondite del que lo hemos sacado.

—¿Y lo de los barcos vendidos en alta mar es cierto? —preguntó Vincent, irritado.

—Sí, el general Romera ha vendido en alta mar barcos llenos de trigo provenientes de la ayuda norteamericana a nuestro país. Cobraba en divisas o en lingotes de oro.

—De modo que en este camión llevamos el hambre del pueblo de

Cumarú.

—Sí, y las esmeraldas las han pagado algunos terratenientes importantes para no ser estorbados en su explotación de obreros campesinos. Algunos tratan todavía con látigos a sus indios y mestizos y no les pagan más que lo que comen.

—Un magnífico gobernante el general Romera —ironizó Vincent—. Se ha preocupado mucho de que esa imagen de su forma de gobernar dejándose sobornar y robando la comida de su pueblo no trascienda al exterior.

—A nosotros no nos importa de dónde haya salido este oro, las esmeraldas y las divisas, lo que importa es que ya es nuestro y ustedes dos, si se portan bien y ayudan en lo que les ordenamos, además de la piel sacarán lo suficiente para no quejarse el resto de sus vidas.

—Vosotros sois los dueños de la situación ahora —admitió Vincent alargando la mano hacia la pistola que la propia Elsa tratará de coger antes de ser mordida por el ofidio.

La bota de Donovan aplastó con dureza el dorso de su mano.

No lanzó ni un gruñido mientras notaba también en su nuca el frío contacto de la pistola de Donovan.

—No quieras volverte a pasar de listo o te costará caro. Te necesitamos, pero para una emergencia, yo también podría pilotar un cuatrimotor.

—Un «B-29» precisa como mínimo dos tripulantes —dijo Vincent todavía con su mano bajo la bota de Donovan y el cañón en su nuca—. No conseguiríais atravesar el Atlántico.

—Este ya está —dijo Marcus que acababa de dejar bien atado de manos y codos a Hamter.

—Ata ahora a Vincent. Debemos de fiarnos menos de él que de una pantera suelta.

—¿No será peligroso cuando pilote el avión?

—No, si llevamos a la chica con nosotros —replicó con una sonrisa maligna—. Ya me he dado cuenta de que ambos se quieren y mientras la tengamos a ella lo tendremos a él. Hará cuanto le ordenemos.

Vincent apretó las mandíbulas.

Por el momento, nada podía hacer contra aquella difícil situación hallándose Elsa herida y a merced de aquel par de asesinos.

—Eres muy listo, Donovan, pero no olvides sacarle del bolsillo el mapa de la ruta que debe de conducirnos al cuatrimotor que nos sacará de este maldito país.

—Vamos, átele las manos como al otro.

—Esperad, dejadme poner primero a Elsa en su litera.

—Bien, pero mucho cuidado con lo que haces —masculló Donovan—. Por cierto, ¿qué ibas a buscar entre el oro? Tú no querías robar nada, seguro, no eres como nosotros.

—¿Buscar? —inquirió recogiendo entre sus brazos el cuerpo femenino.

—Sí, algo buscabas.

—Ah, supongo que hay un emisor dentro de alguna maleta.

—¿Un emisor? —repitió Donovan preocupado, sin dejar de apuntarle.

—Sí, debe de ir emitiendo ondas. De este modo, el general nos controla por si modificamos la ruta que él nos ha marcado previamente.

—Entiendo. Si la variamos, los aviones vendrían a cazarnos como si fuéramos del FLN o contrabandistas de estupefacientes.

—Pues será mejor dejar el emisor dónde está —objetó Marcus—. Así, todo continuará igual para el general. La sorpresa se la llevará al final.

—Sí, será una gran sorpresa para el ladrón robado —se rio Donovan mientras Vincent Hill pasaba por encima del oro y depositaba con suavidad el cuerpo de Elsa Strode, ahora con fiebre, sobre la litera.

CAPÍTULO VIII

Cuando llegó la noche, Donovan y Marcus se ocuparon de limpiar de toda posible arma el habitáculo del camión donde se hallaban las literas y el tesoro.

Ya dentro del mismo, encerraron con llave a sus tres prisioneros.

—Hemos sido bastante idiotas, Hamter. Ahora, ellos dominan la situación.

—Yo no sabía que buscaba el emisor —gruñó el capitán.

—Tu estupidez nos ha costado cara —masculó Vincent inclinándose sobre Elsa.

Había pasado todo el día inconsciente y ya en la noche, seguía febril, sin recobrase del coma en el que había caído. La herida estaba cubierta por un apósito desinfectante sujeto con esparadrapo y no parecía inflamarse.

Vincent rozó con su mejilla la frente femenina para calcular aproximadamente la temperatura que tendría.

—Me hormiguean las manos, se me van a gangrenar. Prefiero que me maten antes de que tengan que amputarme las manos —protestó Hamter—. Las tengo ya amoratadas.

—Sí, no es precisamente una situación de relax la que nos han proporcionado, pero creo que si los provocamos demasiado nos matarán. Ellos confían en escapar con el avión. Desean marchar lejos, pero si las cosas se ponen feas optarán por escapar dentro de los camiones y entonces ya no les seremos útiles para nada. Pasarán al país vecino por la selva y ya se las ingeniarán para salirse con la suya. Nuestros cadáveres ya no serían hallados jamás. Mientras alberguen la idea de escapar a Europa tendremos una posibilidad de vida.

—Si seguimos aquí dentro, con las manos tan fuertemente atadas, mañana ya no las tendremos y no valdrá la pena vivir sin ellas.

Vincent Hill también notó que sus manos estaban dormidas.

No podía vérselas, pero suponía que habían comenzado a amoratarse. Marcus, el desertor negro, no era precisamente blando

atando a sus prisioneros y tuvo un recuerdo para los pobres vietcongs que hubieran pasado por sus manos.

Se levantó cómo pudo entre los tumbos que daba el camión en su avance. Golpeó la puerta que no tardó en abrirse.

—¿Qué ocurre? ¿Hay fiesta ahí dentro? —preguntó Donovan encañonándoles con una metralleta.

—Si continuamos con las manos atadas de esta forma no os vamos a servir de nada cuando nos necesitéis.

—¡Sí, nos va a coger la gangrena, nos tendrán que amputar las manos! —chilló Hamter perdida su serenidad.

—Está bien, está bien —tocó el claxon llamando la atención de su compañero que conducía el vehículo de suministros.

Marcus sacó la cabeza por la ventanilla y detuvo el camión al ver frenado el de su compañero. Bajó de la cabina y se aproximó a ellos.

—Marcus, desátalos, pero los enviaremos al diablo si nos dan guerra y a la chica... A ella la dejaremos para lo último. Después de todo, medio atontada como está, no iba a pelear demasiado.

—De vosotros no se puede esperar nada mejor —gruñó Vincent—. Lo que no comprendo es cómo dos tipos que se odian a muerte han podido llegar a un acuerdo.

—Marcus y yo somos socios. Luego, si tenemos diferencias ya las dilucidaremos al final del viaje.

—¿Y tú crees, Marcus, que Donovan va a darte la mitad?

Donovan frunció el ceño.

—Vincent, si vuelves a intentar poner cizaña entre los dos, abandono a la chica atada y viva junto a un hormiguero gigante. Tendrá una muerte penosa y es una lástima porque es muy bonita.

—Sí, sería una buena idea. Las rubias siempre me han atraído —comentó Marcus—, claro que para un rato. Las rubias siempre acaban por despreciar al negro.

—Sí y luego las hormigas se encargarían de su belleza. La dejarían con los huesos bien mondados. No cometas ninguna torpeza, Vincent, o será la chica quien pague.

—De acuerdo —suspiró—, vosotros ganáis la partida, pero soltadnos las cuerdas antes de que nos quedemos sin manos.

—Está bien, está bien, pero si se quedan aquí con las manos libres, a la chica la llevaremos a la otra cabina. Ella será nuestro

rehén.

Vincent Hill no podía hacer nada y fue Marcus quien trasladó a Elsa Strode a la cabina del camión de suministros. Sujeta por el cinturón de seguridad, continuó inconsciente.

Al serles cortadas las ligaduras, Vincent Hill noto un vivo hormigueo. La sangre volvía a sus dedos, circulaba con más normalidad dándoles calor y vida. Por supuesto, de haber aprisionado totalmente las venas, ya se hubieran gangrenado, pero el pequeño riego sanguíneo las había mantenido en condiciones.

Por su parte, Hamter frotó sus manos con fuerza mientras su rostro expresaba dolor.

—Ahora, quietos adentro.

De nuevo, Donovan les encerró en el habitáculo del camión.

—Por lo menos hemos salvado las manos —suspiró Hamter sentándose en la litera que Elsa había dejado libre.

—Sí, y hemos de ir pensando en cómo recuperar el dominio de la situación.

Hamter movió la cabeza negativamente.

—No será fácil. El sargento ese es un experto en la lucha. Fue instructor de los Boinas Verdes que luchaban en Vietnam y Donovan es un astuto delincuente.

—El general no podía haber elegido mejor.

—El general no podía pedir a gente honrada que le ayudaran a robar parte del tesoro de su propio país.

—Y ha mezclado a tipos contradictorios como nosotros para que le ayudemos a robarlo.

—¿Es que acaso no suponía que estaba haciendo su propia bolsa por si le daban la patada al igual que él se la dio al presidente anterior?

—Lo suponía, pero no pensaba ayudarle a hacer la gran faena.

—¿Ah, no? ¿Cómo iba a impedirlo?

—Cuando estuviera en el avión. Son planes míos que no le interesan, Hamter.

—¿Por qué no? Las dificultades nos unen ahora.

—A mí no me une nada con usted.

—¿Y si le dijera que soy miembro destacado del FLN?

—No me sorprendería. De una rata como usted se puede esperar cualquier doble juego. No, no voy a confiar en usted, Hamter.

—Pues bien, sin tapujos. Pertenezco al FLN. Hay muchos de la organización que se venden y viceversa. Si el general hacía su paquete por si se exiliaba voluntariamente o le daban la patada otros con prisas por tomar la jefatura del Gobierno, es lógico que yo también quisiera mi parte, ¿no?

—Sí, y de una fortuna como esta se puede sacar mucho, hay para todos menos para el pueblo de Cumarú, su verdadero dueño. En fin, Hamter, me dan tanto asco usted y el general como esos dos tipos que se han adueñado del tesoro y tienen como rehén a Elsa, que se halla, en mal estado a consecuencia de la mordedura de una serpiente.

—No tema por la chica, se recuperará. Esas serpientes te matan enseguida o se salva uno, mañana estará mejor, ya lo verá. Ha reaccionado bien al tratamiento que con tanto fervor le ha aplicado.

—No sea sardónico, Hamter.

Hizo una pausa y comenzó a levantar de nuevo el piso de madera que cubría el tesoro.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Darles un poco de guerra a ese par de granujas.

—¿Cómo? No puede sacar de aquí el oro, las esmeraldas ni las divisas. Este vehículo está blindado, resistiría hasta un incendio. Ha sido habilitado especialmente para este transporte. Aunque reventara una rueda seguiría adelante.

—Sí, pero el general comenzará a preocuparse cuando el emisor que debe de haber introducido junto con el tesoro deje de emitir.

—Si es cierto lo de ese emisor, el general puede enviar algún avión para que nos capture.

—Sí, es posible.

Vincent Hill fue abriendo las maletas hasta que en el interior de una de ellas descubrió una caja negra metálica.

—Esto es.

—Vaya con el general. Parece que se fía, pero recela de todo el mundo.

—Gracias a esta caja puede seguir siempre nuestra ruta —dijo apartando el emisor de ondas ultracortas de los fajos de libras esterlinas en billetes grandes.

—¿Y qué piensa hacer ahora con ese emisor? —inquirió el capitán.

—Si lo arrojáramos al camino sería una forma de confundir al sistema de vigilancia del general, pero haremos esto. Deme esa chaqueta, rápido.

—¿Para qué la quiere?

—Ya lo verá.

Vincent envolvió la caja con la chaqueta. Luego, asió una pesada barra de oro como objeto contundente y comenzó a machacar la caja, evitando gracias a la ropa que se produjera algún ruido alarmante.

Cuando abrió la chaqueta nuevamente, la caja apareció abierta, con sus transistores y pilas machacadas.

—Ahora, el general comenzará a preocuparse y usted, que lo conoce mejor que yo, supondrá lo que hará.

—Enviar a alguien para capturarnos.

—Eso mismo pienso yo, pero ni Marcus ni Donovan lo piensan así.

—Lo malo es que el general puede desear destruir toda prueba de nuestra existencia y dar al oficial que envíe en nuestra captura la orden concreta de eliminarnos sin hacer preguntas, sin tiempo para decir nada.

—¿Y considera que el oficial encargado cumplirá tal orden?

—Si yo fuera ese oficial, sí la cumpliría. Ese método se aplica muchas veces a guerrilleros que no se desea sean juzgados y también porque algunos guerrilleros pueden tener algún contacto con el propio presidente. Usted ya me entiende.

—Comprendo, podrían hablar y el propio general les hace asesinar. Supongo que en Cumarú nadie se fía de nadie.

—Es un país en revolución, un país difícil, con mucha selva por civilizar. Aún no hemos alcanzado el grado de desarrollo de los coyotes del Norte.

—Y por ahora, en vez de la industrialización y la democracia del pueblo, lo que tiene primacía es emular las hazañas de nuestro Al Capone.

Vincent Hill guardó de nuevo el aparato entre las libras esterlinas. Cerró la maleta y volvió a cubrir el tesoro. Luego, se tendió en una litera y dijo claramente:

—Ahora, será bueno dormir. Mañana quizá necesitemos nuestras fuerzas.

CAPÍTULO IX

La puerta trasera del camión fue abierta desde el exterior. Una oleada de luz casi les cegó. Afuera estaba Donovan, apuntándoles con la metralleta.

—Vincent, sal.

Hamter hizo ademán de seguirle, pero Donovan ordenó:

—Usted quédese dentro. Viajará sobre el tesoro, capitán.

—Tengo hambre.

—Aguántese.

—Tengo...

—Lo que tenga, se lo guarda, capitán. Tú, Vincent, sal.

Hamter, con sus dolores de tripas, quedó encerrado en la caja del camión como en una celda blindada de la que no había forma de escapar, ya que Marcus y Donovan habían preparado el camión para controlar los cierres desde el exterior o el interior, anulando el pestillo opuesto según conviniera.

Vincent Hill descubrió a Elsa sentada en la cabina del camión. Estaba despierta y, aunque pálida, parecía totalmente recobrada.

—No temas por ella si te portas bien, Vincent —le advirtió Donovan.

—Si la tocáis...

—Por ahora nos interesa más el oro que las mujeres. Vincent, conducirás el camión del tesoro. Yo estaré a tu lado, pero nada de tonterías. Marcus va armado y baleará a la chica al menor tropiezo.

—Es muy fácil mandar cuando se tiene un rehén ¿verdad, Donovan?

—Sí, bastante fácil. Ahora, al volante.

Vincent obedeció tomando el volante del camión. Junto a él, sin soltar la metralleta cargada y a punto de disparo, se sentó Donovan.

—Adelante —ordenó—, estamos perdiendo ya mucho tiempo y no olvides a la chica. Su salud depende de ti.

El pesado camión arrancó dejando en la tierra blanda impresionantes huellas de su paso, ya que iba muy cargado por las

toneladas de oro y el propio blindaje del vehículo. El camión de suministros les siguió. Los tanques de ambos transportes estaban repletos de carburante para no tener necesidad de detenerse durante la jornada.

La vegetación se hizo menos densa a medida que avanzaban y el sol quemaba más. De no ser por la humedad, habría abrasado, aunque la humedad descendía cada vez más.

Hacia el mediodía, rodando por un terreno algo ralo, oyeron claramente el zumbido de las hélices de un helicóptero que pasó por encima de sus cabezas, a baja altura.

—Maldita sea —gruñó Donovan—. ¿Serán del FLN?

—No, parecen soldados —observó Vincent Hill mientras pensaba que el general debía de haberse inquietado al no captar sus puestos de alerta la señal prevista de antemano.

—Es un helicóptero del tipo de desembarco. Llevará un pelotón de hombres con todo su equipo.

En efecto, el aparato era del tipo tándem, con fuselaje completo para la carga de tropa y debía de poseer un cañón de pequeño calibre.

—Se detiene —observó Vincent mirando a lo lejos.

El helicóptero se posó en tierra, cerca del camino. Un pelotón de soldados, armados con fusilería, saltó al exterior. Dos de ellos portaban un *bazooka* de fabricación norteamericana.

—Parece que nos quieren detener. ¿Se habrá vuelto atrás el general? —se preguntó Donovan sudoroso ante el obstáculo que se les estaba presentando.

Vincent sabía muy bien que el general no deseaba precisamente echarse atrás, lo que estaba temiendo era que su tesoro le fuese robado y, ante la imposibilidad de detener por sí mismo el supuesto robo, enviaba a sus soldados.

Donovan se aferró a la metralleta y ordenó entre dientes:

—Vincent, si quieres salvar tu vida y la de la chica, rueda normal, pero cuando estemos casi encima de ellos pisa el acelerador a fondo.

—¿No quieres que nos detengamos? —preguntó con sorna.

—No, no me agrada esta interrupción. No es lo previsto.

—Sí, es cierto.

—Los camiones están blindados, resisten un ataque, de modo que

pisa el acelerador hasta el fondo.

—Si no nos detenemos, nos dispararán y ellos tienen el helicóptero. El piloto se ha quedado dentro, porque los rotores siguen en marcha y hasta podría dispararnos con su cañón.

—Ya veremos quién gana. Haz lo que te digo.

—¿Y Marcus?

—Hará lo mismo que nosotros. No será tan imbécil de quedarse atrás viendo que el tesoro se escapa.

Los rostros de los soldados latinoamericanos se veían cada vez más cerca. El oficial que los comandaba, situándose en mitad del camino, les hizo señales con la mano para que se detuvieran. Los demás les estaban encañonando.

Donovan era astuto y demostró estar preparado para la lucha manteniendo oculta su metralleta. Vincent confiaba en que los latinoamericanos lo enviaran al infierno, pero tampoco estaba decidido a dejarse apresar por los soldados. Hamter tenía razón. El oficial que mandaba el pelotón podía tener la orden estricta de no dejar a nadie vivo. Eran los supuestos ladrones de parte del tesoro nacional y, una vez muertos, nadie podría señalar al verdadero ladrón.

Fue disminuyendo la marcha para hacer creer a los soldados que iba a detenerse, pero cuando estaba llegando casi encima de ellos, Vincent Hill pisó a fondo el acelerador. El camión de aspecto pequeño, pero muy poderoso y de gran tracción, rodó rápido sobre el accidentado terreno.

El cañón de la metralleta de Donovan asomó por la ventanilla barriendo en primer lugar a los dos potadores del *bazooka*. Después, mientras el oficial y los dos soldados saltaban a los lados para no ser arrollados, disparó contra el helicóptero.

Vincent, que intuía la lluvia de proyectiles, ansió advertir a Elsa de lo que iba a ocurrir, más tuvo que inclinarse sobre el volante mientras los parabrisas saltaban pulverizados por los impactos.

El helicóptero, certeramente alcanzado a tan cerca distancia, estalló envuelto en llamas en medio de una gran explosión que lanzó al suelo a dos soldados. El intenso calor llegó hasta la misma cabina del camión, que pasó raudo junto al aparato incendiado.

La lluvia de balas les persiguió, pero el blindaje de los vehículos hizo inútil el tiroteo de los soldados.

Marcus había pisado también el acelerador pegándose casi a las luces traseras de su predecesor y la cabina de su camión sufrió pocos balazos, solo se rompió parte del cristal.

Pocos soldados fueron los que se salvaron del furioso ataque y estos quedaron atrás, cerca de su transporte envuelto en llamas.

El aire dio de lleno en los rostros de Vincent y Donovan, ya no tenían cristal parabrisas. Ambos miraron por los espejos retrovisores situados a ambos lados de la cabina para ver cómo había salido Marcus del aprieto.

—¿Lo ves, Vincent? Marcus sabe lo que se hace. Todo ha ido bien y la chica parece vivita y coleando.

Desde el interior del vehículo, sobre la puerta de la cabina, Hamter daba patadas, pero Donovan se rio de él sin hacerle caso. Hamter golpeó hasta agotarse sin ser atendido.

Se alejaron bastante del lugar del hecho para que los soldados, siguiendo las huellas de los camiones, no pudieran echárseles encima durante el descanso nocturno.

Los escasos supervivientes del pelotón iban a pasarlo muy mal sin el helicóptero para regresar, sin alimentos y sin siquiera radio para comunicar su posición a la tropa más cercana. Perderse en el océano verde de las selvas centro y sudamericanas constituía una muerte casi segura.

Cuando el sol descendió por el oeste y la luz se hizo escasa, Vincent Hill encendió los faros del vehículo. Donovan dijo:

—Podemos pasar la noche aquí. Detén el camión.

Vincent hizo lo que le pedían y el motor de su transporte dejó de rugir en una tierra ahora árida, inhóspita. Marcus se detuvo tras ellos.

—Abajo, Vincent, sin hacer tonterías.

Encañonándole con la metralleta, Donovan le siguió hasta el otro vehículo, donde Marcus apuntaba a Elsa con su pistola.

—¿Ninguna herida, Marcus? —preguntó Donovan.

—No. Les has dado duro, ¿eh? Ha explotado bien el helicóptero, me ha recordado Vietnam, lo malo es que allí reventaban los nuestros.

—Creo que un poco de comida nos vendría bien —observó Vincent Hill.

—Sí, pero cuidadito. Que la chica no baje hasta que tomemos

precauciones. Veremos cómo está Hamter ahí dentro.

Siempre con el dedo en el gatillo de la metralleta, Donovan abrió el habitáculo blindado del camión del tesoro.

Hamter apareció ante ellos arrodillado, inclinado sobre sí mismo y sujetándose el vientre con viva expresión de sufrimiento en su rostro perlado de sudor.

—Lo está pasando mal, ¿eh, Hamter? Vamos, vaya detrás del camión, pero que le vea la cabeza o se la vuelo —le advirtió Donovan sardónico.

Hamter saltó materialmente del vehículo y desapareció tras el de suministros, pero siempre asomando la cabeza. Sabía que si echaba a correr no llegaría muy lejos. Allí no había espesa vegetación donde esconderse. La Operación Águila Viajera no le estaba resultando demasiado grata.

—Vincent, vamos adentro del camión.

—¿Y la comida?

—Hay comida sobrante para todos, no temas.

—Elsa no se encuentra muy bien. Necesitará dormir.

—Sí, dormirá en una litera, pero todos dentro del camión y sin hacer tonterías.

Vincent pensó que era mejor seguirles la corriente hasta hallar el momento más idóneo para desbaratar sus planes.

Elsa Strode bajó del camión de suministros para acercarse a Vincent, que la abrazó primero y luego la ayudó a subir al del tesoro, tendiéndola en una de las literas.

—No temas por mí, Vincent —le dijo—. Me siento mejor.

—Esta noche debemos descansar mucho. Mañana llegaremos juntos al avión si no ocurre nada.

—Por un momento he temido que los soldados nos mataran.

—El blindaje del camión ha sido nuestra gran defensa.

Hamter, más tranquilizado y menos sudoroso, se les reunió sentándose en una litera.

—Creí que iba a reventar.

—Por la cara que tenía al abrir el camión, no lo dudo, capitán.

—Esos malditos perros... —masculló Hamter. Se encaró con Vincent y preguntó—: ¿Qué ha ocurrido?

—Los soldados del general.

—Ya, su plan ha dado resultado.

—No del todo. Esperaba que Marcus o Donovan salieran mal parados, pero no ha habido suerte.

—¿De qué plan hablan? —preguntó Elsa intrigada.

—Silencio —pidió Vincent.

Marcus llegó hasta ellos y les arrojó tres raciones de comida y un par de botellas de agua envasada en plástico y cien por cien potable. Luego, cerró el camión aislándolos del exterior.

CAPÍTULO X

Supieron que había llegado un nuevo día por sus relojes y porque los motores de los camiones se pusieron de nuevo en marcha.

—Parece que hoy prescindan de mí como conductor —opinó Vincent Hill estirado en su litera.

Elsa agradeció la luz piloto que sus captores no les quitaban y dijo:

—Será bueno que estés fuerte para tripular el cuatrimotor. Sería mala cosa que al final fuéramos a parar al fondo del Atlántico.

—Cuando pueda, mataré a esos dos miserables —rugió Hamter.

Viajando por el páramo, el sol recalentó el vehículo y pese a la ventilación que les llegaba por un tubo adaptado *ex profeso*, se vieron obligados a quitarse cuanto ropa pudieron. Los dos hombres, sudorosos, se hallaban con los torsos desnudos. La lona de las literas, totalmente empapada dentro de la enrarecida atmósfera del habitáculo, se les pegaba a la espalda.

Tras largas horas de marcha, ambos camiones se detuvieron.

La puerta fue abierta. El sol del atardecer tenía poca fuerza.

—Hemos llegado —anunció Donovan satisfecho.

Los dos hombres y la mujer prisionera salieron al exterior.

Se hallaban en una especie de desierto de tierra árida. Había un otero que, observado atentamente, mostraba edificaciones de piedra muy antiguas. Parecía una ciudadela que hubiera controlado aquel desierto.

—Ahí está el cuatrimotor —dijo Marcus señalándolo triunfante.

El «B-29» de fabricación norteamericana, un superviviente de la Segunda Guerra Mundial, se hallaba cubierto por una enorme lona que debía de haber sido encolada vertiendo después sobre ella tierra de la misma que rodeaba el avión, camuflándolo de esta forma.

—Desde el aire será imposible de descubrir —opinó Donovan—. Yo mismo, a ras de tierra, he dudado unos momentos.

—Sí, parece un buen camuflaje.

—Ahora, cambiaremos de transporte —dijo Marcus.

—Será preferible despegar al amanecer. No tendremos el sol en contra y volaremos mejor.

—Es cierto —admitió Donovan—, pero durante esta noche podemos trasladar la carga del camión al cuatrimotor y quitaremos también el camuflaje.

—Será bueno darle una ojeada para que todo esté en regla. Este avión ya tiene muchos años, no es un reactor de la última hornada precisamente. Los motores de hélice pueden traer complicaciones.

—Yo entiendo de motores de aviación, Vincent. A mí no vas a engañarme con ninguna argucia.

—Ni yo lo pretendo —puntualizó Vincent Hill—; lo que deseo es salir cuanto antes de este infierno.

—La chica se quedará cerca de uno de nosotros —concretó Donovan— y usted, Hamter, prepárese. Esas toneladas de oro que transportamos llevarán buen rato de trabajo.

Entre Vincent, Hamter y la propia Elsa, trasladaron la mercancía mientras eran vigilados estrictamente por Donovan y Marcus.

Vincent Hill no intentó nada porque juzgó que aquel no era el momento más propicio.

La noche les sorprendió en medio del trabajo y Marcus enfocó los faros del camión de suministros sobre el fuselaje del «B-29» para que hubiera luz suficiente.

—Listos —dijo Donovan contemplando el traslado del último maletín efectuado por la propia Elsa Strobe.

—Sí, y ahora todos a dormir —dijo Marcus.

—Al camión otra vez —ordenó Donovan—. Todo va sobre ruedas, no vayan a estropearlo.

—Sí, será mejor que obedezcamos, pero debéis acordaros de nosotros a la hora de repartir —dijo Vincent.

Marcus, satisfecho al ver que todo le salía bien, repuso riendo:

—Lingote más, lingote menos, no se va a notar.

Una noche más fueron encerrados en el habitáculo del camión, que resultaba una celda de la que era imposible escapar.

—¿Adónde nos llevarán mañana? —preguntó Elsa.

—A Suiza —concretó Vincent—. Ellos quieren ir a Suiza. Allí no existe extradición con el Gobierno de Cumarú.

—Sí, pero yo no voy a darles ningún pasaporte —masculló

Hamter—. No se saldrán con la suya.

—De eso me encargo yo, Hamter.

Vincent Hill, con su plan ya urdido, sin prisas, se tumbó en la litera.

Elsa Strode se inclinó sobre él y lo besó en los labios al tiempo que musitaba:

—Sé que no te rebelas ante esos dos canallas por mí. Me tienen como rehén para que tú obedezcas.

—Por lo visto, les hace falta un buen piloto. Anda, acuéstate. El viaje no ha terminado todavía. Hay que cruzar el Atlántico, y yo necesito estar despejado para lo que se avecina.

Elsa Strode, segura de que el norteamericano la sacaría de aquel aprieto en que se hallaban, se tumbó en la litera y se esforzó por dormir.

Hamter la observó con no muy buenos ojos y se volvió de espaldas para no verla.

La noche se hizo larga, casi eterna.

Al fin llegó el día esperado por todos.

Las puertas de su celda rodante se abrieron. El avión ya había sido despojado de su lona y podía verse pintado de blanco y con la cruz roja pintada en sus alas y costados del fuselaje. Debajo rezaba el nombre de República de Cumarú.

—Perfecto —opinó Vincent Hill—. Puede pasar por un avión de socorro humanitario.

Sin dejar de contemplar el avión con cierto orgullo, Donovan opinó:

—El general pensó en todo. Un tío listo ese presidente Romera.

Marcus añadió:

—Lástima para él que nos aprovecharemos nosotros de su tesoro tan cuidadosamente acumulado.

—Vamos al avión.

Elsa se adelantó, pero Donovan la cogió por el brazo.

—Tú, cerca de mí, muñeca. Vales mucho. Nuestro querido piloto se portará mejor en la navegación aérea si tú estás modosita a mi lado.

Vincent Hill pasó delante, haciéndose cargo de la cabina del avión.

Tras él subieron Elsa y Donovan que, con la metralleta, no se

separaban de ella. La empujó junto al control de emisiones del aparato y, con una cuerda que llevaba preparada, le ató el cuello a una argolla que emergía del fuselaje.

—Si intentas quitarte este collar, te dispararé —le advirtió Donovan.

Elsa observó a Vincent preocupada, pero pese a su difícil situación captó una mirada de confianza en el rostro varonil y se tranquilizó.

Hamter se sentó cerca del oro, hacia la cola del aparato de guerra que iba sobrecargado pese a su escaso volumen.

—No sé si podrá despegar con tanto peso —advirtió Vincent Hill.

—Si un aparato igual a este despegó llevando la bomba atómica, también despegará con el oro. Supongo que el general lo comprobó todo —dijo Donovan. Se volvió hacia Marcus, que subía por la portezuela, sonriente por el buen rumbo que llevaba todo y le dijo —: Le lamento, Marcus, somos demasiados a repartir. A estos habrá que darles su parte en Suiza para que no se pongan idiotas.

—¿Qué, qué tratas de decir? —balbució el negro borrando la sonrisa que dejaba al descubierto los blancos y fuertes dientes.

Sonó el tableteo de la metralleta.

La ráfaga fue corta, pero el gigantesco Marcus se retorció de dolor quedando tendido al pie del avión.

—Sabía que terminaría por ocurrir esto —gruñó Vincent.

—Sí. Como be dicho, ya somos demasiados a repartir, pero todo sigue como antes. Yo gobierno la situación y la chica será la primera en morir si sucede algo anormal —apuntó a Hamter y ordenó—: Cierre la puerta.

—No dispaes, yo te daré un pasaporte.

—Eso espero, Hamter —respondió Donovan sentándose en el control de radio.

El capitán cerró la portezuela del aparato y los motores, accionados por Vincent, comenzaron a rugir.

Las hélices giraron cada vez a mayor velocidad enroscándose en el aire cálido del desierto.

—¡Adelante y arriba, Vincent! Salgamos de Cumarú de una maldita vez.

—Esperemos que haya suerte y el aparato emprenda el vuelo. El terreno no es muy bueno y vamos sobrecargados.

El cuatrimotor comenzó a moverse y fue adquiriendo velocidad. Aquella planicie, en realidad, era idónea para un campo de aviación.

Vincent tiró del timón hacia sí y hacia abajo y el morro del cuatrimotor fue alzándose hasta que las ruedas dejaron de tocar tierra.

El «B-29» se elevó en el aire con todo el esfuerzo de sus motores. El oro, salido de la tierra, tiraba hacia ella.

La habilidad de Vincent Hill se puso de manifiesto al conseguir que el aparato remontara el vuelo.

El tren de aterrizaje se escondió en su panza para evitar el roce del aire.

Abajo quedaron dos camiones cerca de las ruinas precolombinas de Guayacán y el cuerpo de Marcus ya no podía distinguirse. Era solo un punto en el paisaje, un punto que nadie habría de sepultar piadosamente.

CAPÍTULO XI

Solo en el dominio de la situación, tras haber asesinado a su compañero negro, Donovan controlaba las radiocomunicaciones del «B-29».

Habían salido de Cumarú atravesando las Guayanas sobre el norte del Brasil, siempre notificando desde el aire su posición y su falsa misión de llevar medicamentos al Pakistán vía Suiza.

Resultaba un camino algo largo, más nadie preguntaría por qué no habían escogido la ruta del océano Pacífico en lugar de atravesar el Atlántico.

Elsa Strode seguía sentada con el cuello atado a la argolla que sobresalía de uno de los nervios del fuselaje. Hamter, sobre el oro, estaba siempre en tensión.

Con su metralleta, Donovan trataba de controlarlo todo sin percatarse de que Vincent Hill había iniciado su plan para desbaratar el robo.

Desde el panel de control le había sido fácil abrir la llave de entrada al depósito de carburante. La gasolina fue perdiéndose en el aire sobre el Atlántico, de este modo se redujo el contenido de esencia en los tanques hasta quedar la necesaria para dar la alerta.

Cerró la llave y, sin dar gran importancia a la situación, advirtió:

—No podemos dirigirnos a Suiza directamente atravesando Portugal, España y Grecia.

—¿Ah, no? —gruñó Donovan.

—No, no tenemos suficiente combustible.

—¿Qué sucede ahora?

—Vamos mal de gasolina —advirtió Vincent.

—Imposible, a mí no me haces tragar ese cuento. Conozco bien lo que es un avión.

—De acuerdo, Donovan. Vigila tú mismo el depósito y, a menos que quieras que entremos en barrena, toma una decisión. Un bombardero «B-29» no es un planeador precisamente y, sobrecargados como vamos, nos haríamos pedazos si se nos termina

la gasolina en el aire y sin un mal aeropuerto donde aterrizar. En cambio, si volamos vía Londres, podremos repostar allí y proseguir viaje hacia Zúrich.

—A Zúrich, no. Nuestro destino es Ginebra y ahorraremos unas cuantas millas si seguimos la ruta que teníamos prevista.

—Con el carburante que nos queda, y en la posición favorable de vientos que llevamos, nuestro mejor objetivo es Londres. Si nos introducimos por la península ibérica nos encontraremos con macizos montañosos que nos obligarán a dar rodeos. Gastaremos más combustible y, sobrecargados como vamos, no es fácil elevarnos en el aire. Si vamos hacia Londres volaremos en todo momento sobre el Atlántico. Solo tendremos que comunicar que nuestra situación es crítica y nos abrirán pista inmediatamente.

—¿Qué es lo que te propones, Vincent? No puedo creer que hayamos vaciado ya los tanques. Estos aviones poseen un gran radio de acción.

—Es cierto, pero los motores ya son viejos y vamos muy cargados. Decídete pronto, la aguja marca sobre rojo. Estamos en la reserva, conozco bien la ruta y sé que nos queda carburante para llegar a Londres.

—La cosa está fea, ¿eh, Donovan? —se burló Hamter.

A Donovan le desagradaba tener que tomar tierra en Londres, las cosas podían complicarse allí y, furioso, se levantó de su puesto.

—Veamos esa maldita aguja marcando en rojo...

Por unos instantes, Donovan dio la espalda a Hamter para dirigirse hacia Vincent Hill.

El capitán de confianza del general Romera se disparó hacia delante consiguiendo llegar hasta Donovan. Lo agarró por el cuello, golpeándole la nuca.

Donovan, sorprendido a medias, lanzó una cox que alcanzó en la pierna al capitán Hamter.

Lo proyectó hacia atrás y este rodó sobre el piso del aparato.

Donovan se revolió hacia él y, pese a la difícil situación en que se hallaban, Vincent lo empujó hacia delante. Sin embargo, no logró impedir la reacción asesina de Donovan.

El dedo del traficante en drogas jaló el gatillo de la metralleta y Hamter recibió varios balazos en su cuerpo.

—¡Maldito capitán, vete al diablo! —masculló Donovan.

Vincent Hill no lo pensó dos veces y pulsó un botón rojo que tenía al alcance de su mano derecha.

Ante su estupefacción, Donovan notó que el suelo se abría bajo sus pies y que el negro agujero de un patíbulo lo engullía para devorarlo.

Elsa vio desaparecer a Donovan.

El «B-29» era un bombardero y lo que había hecho Vincent era accionar el dispositivo que abría las compuertas de descarga ubicadas en su panza.

Descargado como un proyectil en tiempo de guerra, Donovan se precipitó al vacío sin soltar la metralleta a la que se aferraba estúpidamente mientras la distancia que existía entre el océano y él se acortaba a gran velocidad. Terminó por desaparecer bajo las aguas.

Vincent Hill conectó el piloto automático del aparato fijando la ruta a seguir y se dirigió hacia Elsa, que minaba ensimismada el hueco de la compuerta que seguía abierto.

—Vincent, Vincent, cuánta muerte estúpida.

El norteamericano le quitó la cuerda que sujetaba su cuello y en el que ya había dejado sus huellas.

—Donovan se lo había buscado.

—¿Y Hamter?

Vincent se separó de la joven para acercarse al cuerdo que yacía medio derrumbado sobre los lingotes de oro, bastante cerca de la compuerta del bombardero.

Vincent vio el océano a través de la trampilla; un mar oscuro y tenebroso al anochecer.

—Hamter ha muerto. Solo quedamos nosotros, Elsa.

—¿Y qué piensas hacer?

—De momento, descargar un poco más el avión de peso inútil —tiró del cuerpo de Hamter acercándolo a la trampilla y lo hizo desaparecer por ella—. No nos conviene llegar a Londres con cadáveres a bordo. Le policía británica nos haría perder demasiado tiempo hasta averiguar la verdad.

Elsa miraba obsesivamente la trampilla y Vincent temiendo que en un ataque de nervios por todo lo sucedido cometiera una tontería, ya que su agotamiento físico era evidente, se acercó al puesto de mando y cerro la trampilla.

—Tranquila, Elsa. Nos dirigimos a Londres.

—¿Y para qué? —preguntó ya al borde del histerismo—. ¿Para qué?

—Ese tesoro no puede perderse, Elsa. Es demasiado valioso.

—Vincent, no me dirás que piensas apoderarte de él, ¿verdad? —interrogó incrédula, con un ligero temblor en sus labios.

—No temas, tengo otros planes para el tesoro, pero hemos de llegar a Londres y no tenemos mucha gasolina. Debía de exponerme para gastarle una jugarreta a Donovan. Llegaremos a Londres y actuaremos con mucha cautela. La carga que llevamos es demasiado preciosa y somos responsables de ella.

Elsa se levantó y, acercándose al hombre, le rodeó el cuello.

—Haz lo que quieras, Vincent —musitó—. Yo no puedo luchar tanto.

En aquellos momentos, al puesto de radiocomunicación llegaba la llamada de la torre de control del aeropuerto de Londres. Habían entrado en el radio de acción de su radar.

CAPÍTULO XII

El general Romera se había alojado en aquel hotel de Zúrich con nombre falso al tiempo que, oficialmente, se hallaba hospedado en una finca de las afueras propiedad de un financiero de Cumarú.

Había cuidado meticulosamente hasta el último detalle para que sus planes no fueran descubiertos. Nada de prensa ni de reporteros gráficos.

Descolgó el teléfono y preguntó al conserje:

—Soy Laeza —mintió—. ¿Tienen listo el coche que he pedido alquilado?

—Sí, señor Laeza, está en el aparcamiento. Es un «Volkswagen» deportivo azul. El empleado del aparcamiento le atenderá.

Romera había pagado bien al conserje para que no hiciera preguntas ni opusiera reparos a su pasaporte falso. Seguía siendo un súbdito de la República de Cumarú y le había costado muy poco obtener aquel pasaporte.

Descendió en el ascensor hasta el aparcamiento.

Allí le entregaron el coche, con el que atravesó la bella ciudad ubicada a orillas del lago Zúrich.

Bordeando el río Limmat, se dirigió al aeropuerto.

A través de las verjas que le cerraban el paso a las pistas de aterrizaje, descubrió los dos camiones blindados pertenecientes a un importante banco suizo.

Había varios empleados del mismo armados y cuatro hombres vestidos de paisano.

El general Romera, que con su anodino traje color gris pasaba desapercibido, reconoció de inmediato a los hombres vestidos de paisano. Eran altas jerarquías del banco suizo con el que se había puesto en contacto el día anterior y a los que había dado instrucciones precisas.

Dio un par de bocinazos para llamar la atención de los suizos.

Estos se volvieron hacia él, reconociéndole de inmediato. Ellos sí conocían la identidad del sujeto del «Volkswagen» azul, pero sabían

guardar un secreto.

Dos de aquellos hombres se acercaron rápidamente a la puerta enrejada.

El vigilante fue a su encuentro y, tras hablar con él, este franqueó la puerta al general Romera, que se introdujo en la zona privada del aeropuerto, situándose junto a los camiones blindados.

—Todo listo, mi general —dijo uno de ellos acercándose al automóvil deportivo.

—Cuidado con las palabras. Nadie debe reconocerme.

—Por nuestra parte se han adoptado todas las precauciones. Sabemos hacer nuestro trabajo —advirtió el banquero.

El general observó los dos vehículos y con cierto orgullo, no exento de fanfarronería, preguntó:

—¿Y soportarán esos camiones el peso que deben llevar?

El banquero suizo sonrió condescendiente.

—Si el peso que usted nos dijo no ha variado, seguro que resistirán.

—Bien. ¿Ha llegado mi avión?

—Todavía no, señor. Tenemos a un hombre en contacto con la torre de control que nos irá proporcionando datos. En estos casos hay que tener paciencia. Son vuelos largos y puede haber variaciones.

Bajo un brillante sol de mediodía, en medio del tráfico constante del aeropuerto donde unos aviones aterrizaban y otros despegaban en busca de distintas naciones o ciudades donde depositar su carga humana, los allí reunidos vieron salir del edificio de control aéreo a un hombre que caminaba rápidamente hacia ellos mientras el fuerte viento movía sus abundantes y rubios cabellos.

—El cuatrimotor con medicamentos de la Cruz Roja procedente de la República de Cumarú se está acercando —comunicó—. Todo va normal en su vuelo.

Tras la noticia de que no había contratiempos, Romera suspiró tranquilizando sus nervios, sumamente alterados durante los últimos días.

La anulación de señales que debían de escapar del interior de uno de los maletines del tesoro le había inquietado sobremanera, y también la desaparición del pelotón que fuera a detener a los camiones.

Un informe militar le había comunicado que los dos vehículos habían sido vistos abandonados en las ruinas de Guayacán. No cabía duda de que el «B-29» había despegado.

—¿Cuánto tardará en llegar? —preguntó el banquero que parecía el jefe de todos.

—Unos veinte minutos —explicó el empleado que había permanecido en la torre de control—. Voy a tomar un bocadillo, hace horas que no como.

Se repartieron cigarros. La espera iba a ser ya corta. Pronto tendrían a la vista el cuatrimotor, solo era cuestión de minutos.

Al fin, en el cielo del aeropuerto apareció el cuatrimotor de la República de Cumarú.

Las cruces rojas eran bien visibles en sus alas y el color blanco del aparato destacaba entre los demás.

Un avión de la Cruz Roja siempre recibía buen trato en todos los aeropuertos y así le sucedió al «B-29» pilotado por Vincent Hill.

Una vez hubo tomado tierra, siguió las instrucciones para irse acercando a los camiones blindados cuanto le era permitido.

Los motores se detuvieron al fin y las hélices dejaron de girar.

La portezuela se abrió y por ella aparecieron Vincent Hill y Elsa Strode. Por la escalerilla de emergencia, saltaron a tierra.

Allí se despezaron. Ambos parecían alegres y satisfechos.

El grupo de suizos, presidido por el general Romera, se les acercó.

—Muy bien, Vincent Hill. Sabía que sería el único que lo conseguiría. ¿Cómo ha ido el vuelo?

—Ya lo ve, general. El avión está en el lugar donde usted lo citó.

—¿Y los demás?

—No hay más, general. Los otros han muerto.

—¿Muerto? —repitió con asombro.

—Sí, ha sido un viaje muy accidentado —explicó ahora la joven—. Ignorábamos que resultara tan dificultoso, como yo tampoco había supuesto que sería usted un ladrón. ¿Qué pensaba hacer después con nosotros, asesinarlos para que jamás contáramos al mundo el robo que había hecho al tesoro de Cumarú?

—Señorita Strode, sus palabras son sumamente ofensivas. Haré como que no las he escuchado —dijo en tono fuerte y amenazador mientras los suizos les cercaban.

—No se excite, general —recomendó Hill con una sonrisa burlona—. En adelante, su vida será placentera. Ya no tendrá más problemas de gobierno.

—¿De qué me está hablando, Hill?

—¿Acaso las noticias no llegan a Zúrich antes que un avión?

—¿De qué noticias habla?

El empleado rubio que fuera a tomar el bocadillo se les acercó corriendo. En su mano llevaba un periódico todavía con tinta fresca. Eran las últimas noticias que, con grandes caracteres, figuraban en primera página.

Excitado, entregó el diario a su jefe, el gerente del banco, quien leyó los grandes titulares. Luego, se lo pasó a Romera, que no comprendía nada, pero sí pudo leer en francés:

«Régimen derrocado en la República de Cumarú. El presidente, general Romera, se halla de visita privada en Suiza. Los ministros de Tierra, Mar, Aire y Defensa han tomado el mando de la nación. El profesor Gonzálvez ha sido puesto en libertad y se supone que se le dará un voto de confianza en el Gobierno hasta que en plazo breve se celebre un referéndum popular.»

—¡Esto es imposible! —gritó desencajado el general Romera sin dar crédito a lo que acababa de leer.

—Sí, es posible, general. Ahora ya no es usted más que un expresidente en el exilio, desterrado más bien. No creo que le convenga regresar a Cumarú. Posiblemente le harían un consejo de guerra sumarísimo y lo iba a pasar bastante mal. Después de todo, ha tenido usted suerte. El mundo no conocerá que es un ladrón. Se va a silenciar su robo del siglo como también las canalladas de la venta de barcos con ayuda alimenticia para su pueblo, vendidos a bajo precio en otras naciones para lucro particular, general.

—¡No entiendo nada! —gritó perdiendo la compostura—. ¿Qué es lo que han hecho?

—Hamter nos lo contó todo, pero yo ya sospechaba que era usted el mayor ladrón de su pueblo y pensaba llevar adelante el plan que Elsa y yo hemos realizado.

—¿Cuál es ese maldito plan? ¿Y mi tesoro?

—Solo le traemos el avión, general. El tesoro se ha quedado bien custodiado en el Banco Nacional de Inglaterra.

—¿Cómo, no está en el avión?

—No, general —corroboró Elsa ante la decepción que se traslució en los rostros de los suizos—. Vincent Hill entregó el tesoro al embajador de Cumarú en Londres y le explicó lo que sucedía, advirtiéndole que solo un gobierno con el profesor Gonzálvez entre sus filas podría rescatar el tesoro que usted pensaba robar. Por supuesto, hemos explicado todo su plan al embajador y este, con rapidez y discreción, se ha puesto en contacto con los ministros de su Gobierno, que han sido los que le han echado a usted del poder. Ya es solo un hombre en el exilio y creo que sin dinero. Búsquese un empleo, general, quizá de portamaletas o algo así. No ha tenido suerte.

—¡Estúpido, Hill, estúpido!

Vincent lo agarró por las solapas y lo levantó en vilo demostrándole que estaba por encima de él como hombre.

—¿Es que no se da cuenta de su posición, general? —silabeó—. Apéese de su absurda torre de ambiciones. Está usted solo y arruinado, no puede ni regresar a su país. Mire en derredor. ¿Dónde están los banqueros suizos?

Asustado, el general Romera observó a su alrededor.

Los suizos se alejaban ya hacia sus camiones, en silencio. Le habían dejado solo.

—Pero usted también ha perdido cien mil dólares —farfulló.

—No soy codicioso, general. Ah, se me olvidaba. Ya puede usted tirar el talonario de cheques correspondiente al Banco Nacional de América. Usted podía retirar fondos del mismo como presidente de la República de Cumarú, pero ahora ya no lo es. Lo que le he recomendado, general, búsquese un empleo de portamaletas, quizá saque lo suficiente para pagar el hotel donde se hospeda. De lo contrario, tendrá dificultades con la justicia de esta nación.

—Me da pena, general —dijo Elsa cogiendo con su brazo la cintura del norteamericano—. A Vincent le han ofrecido cien mil dólares por devolver el tesoro y ha rechazado la recompensa. Todo el mundo no es como usted. Ingenua de mí, yo que había llegado a creer en usted como un buen político para la nación.

La pareja le dio la espalda para regresar caminando al edificio

del aeropuerto mientras el fuerte viento azotaba sus cabellos.

Cuando habían llegado casi a las puertas de cristal, escucharon un ruidoso choque seguido de una explosión.

Se volvieron a tiempo para ver el coche deportivo azul, conducido por el general Romera, estrellándose contra el tren de aterrizaje del falso avión de la Cruz Roja.

El depósito de gasolina del automóvil explotó lanzando llamaradas que envolvieron con rapidez al «B-29».

Las sirenas de los bomberos del aeropuerto no tardaron en sonar, acuciantes, cuando se producía una nueva y gran explosión.

Los tanques del avión estallaron y las llamaradas se alzaron a decenas de metros de altura. Envuelto en fuego, el aparato fue reduciéndose a cenizas, a hierros retorcidos.

—Olvidémoslo —dijo Vincent apretando el hombro de Elsa mientras notaban en sus rostros el intenso calor de las llamas.

Empujó la puerta de cristal y ambos desaparecieron en el interior del edificio del aeropuerto, mientras cientos de curiosos, excitados, corrían a los ventanales para observar lo que estaba ocurriendo, cómo un avión era pasto de las llamas.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

{1} **Supuesto país hispanoamericano.**